

Jorge BERGUA CAVERO, *Pronunciación y prosodia del griego antiguo. Guía práctica para la lectura de sus textos*, Madrid, Ediciones Clásicas, 2015, 122 pp. ISBN 978-8-47-882744-2.

Un “Prefacio” de Emilio Crespo (7-11) abre este pequeño volumen, que consta de una “Introducción” (13-22) y tres capítulos: I. “Pronunciación de los fonemas” (23-39); II. “Prosodia, sobre el acento, la sílaba y la entonación” (41-78) y III. “El ritmo en poesía. Métrica y versificación”, dedicado a la recitación de la poesía (79-107). Se cierra (109-122) con unas “Consideraciones finales”, sendas “Tablas” de pronunciación de los signos y de proclíticas y enclíticas (a las que habría sido deseable que se uniera otra con los signos y claves del alfabeto fonético), un “Fragmento” de prosa transcrito prosódicamente y la “Bibliografía”.

Desde las primeras palabras de la “Introducción”, el autor declara —y a lo largo del libro da sobradas pruebas de respeto a esa declaración— que no pretende ofrecer normas de validez universal para la pronunciación y acentuación del griego antiguo, sino tan solo unas pautas de lectura destinadas —dice— a los hispanohablantes actuales; un propósito, a mi entender, demasiado poco ambicioso y que produce cierta decepción. Creo que habría sido deseable que el lector encontrara en él normas más estrictas, con criterios claros y ajenos a las variedades diatópicas de pronunciación.

Bergua sabe que la lectura del griego antiguo parece la Torre de Babel: españoles, franceses, ingleses (y no solo estos) lo pronunciamos de modo diferente, según las peculiaridades de la lengua de cada uno. El intento de Erasmo de conseguir que todos los estudiosos europeos —¡cuidado, los occidentales!— lo pronunciaran de una misma manera tenía problemas de base: sus normas no conducían a una realidad que hubiera existido nunca y olvidaban que el griego antiguo representaba una fase perdida de una lengua que tenía tras de sí una evolución de siglos hasta venir a dar en aquel griego de los bizantinos, para quienes, no obstante, era su lengua materna. Erasmo despreció su pronunciación, igual que hoy en día la Filología europea más prestigiosa (que no es la que se hace en Grecia) no acepta la costumbre de griegos y chipriotas de leer el griego antiguo como el moderno: ¡qué sabrán de griego esos griegos! No creo que todo hubiera sido igual de ser el francés o, sobre todo, el inglés las lenguas afectadas.

Quien esto escribe aprendió a leer el griego a la erasmiana y en ella se mantiene aunque duda si esa pronunciación, que desde los tiempos del sabio holandés ha sido modificada en mayor o menor medida por las circunstancias de lugar y tiempo, debe mantenerse o si es preferible aceptar que el griego antiguo sea leído como el moderno, cuyas normas tampoco son ya las que tendría el bizantino de entonces. No debe entenderse, pues, que nuestra decepción proceda de que estamos a favor de la pronunciación a la moderna; pero analizando las dos opciones, hemos de concluir que, pese a que ni la una ni la otra reproducen la pronunciación del griego antiguo, si todos utilizáramos la pronunciación a la moderna, nos sería más fácil reconocer que estamos leyendo una misma lengua, en tanto que con la pronunciación erasmiana tendremos que admitir que su ver-

sión “a la española” es tan justificada como la de los ingleses “a la inglesa”, pero es seguro que, cuando nos oigamos mutuamente leer un texto griego, no nos entenderemos.

Así pues, que en este libro se opte por la pronunciación erasmiana parece respetable; pero no son tan aceptables, a mi entender, las razones que justifican esa elección y las frecuentes incoherencias que esa forma de leer conlleva. En ellas radica la decepción a la que aludíamos arriba: no nos parece correcto reconocer que las normas de lectura que se proponen no solo no reproducen el griego antiguo, sino que no tienen en cuenta que en el amplio arco temporal que abarca esa lengua hubo una evolución que diferenciaría la pronunciación de la época arcaica de la de la clásica o de la helenística, así como que fue distinta por mor de diferencias geográficas o socioculturales. Tampoco lo es declararse consciente de esos problemas pero seguir adelante y decir que está bien que así lo hagamos los hispanohablantes (cada uno a su manera, además), porque de esa forma nos es más sencillo hacerlo. No es buen argumento, creo, aquel de Erasmo de que la pronunciación de <η> y <ει> había de ser diferente porque lo es su grafía, cuando pocos hispanohablantes distinguen el sonido de <b> y <v>, por ejemplo, ni —como hace Bergua frecuentemente— aducir que pronunciar el griego antiguo como el moderno nos forzaría a conocer la pronunciación de este. ¿Y qué? Eso hacemos cuando leemos o hablamos lenguas distintas de la nuestra. ¿Se matricularía alguien en una academia de idiomas donde le dijeran: “No se preocupe Vd., pronuncie a su manera”.

La decepción, está claro, no procede de una incorrecta descripción de cómo es o ha de ser la pronunciación del griego a la erasmiana para hispanohablantes, porque eso se hace muy bien, sino de que se justifiquen sus defectos, de los que se es plenamente consciente, sobre la base de lo difícil que sería subsanarlos o modificar nuestra propia pronunciación para ajustarla a la que quizá tuviera el griego.

Los ejemplos abundan en el capítulo dedicado a la “Pronunciación de los fonemas”. Se recomienda prescindir de la pronunciación palatalizada de las oclusivas sonoras, un fenómeno apreciable ya en griego antiguo y que se da en griego moderno, por supuesto, y en muchas lenguas actuales, pero no en la mayoría de las variedades del español, cuyas oclusivas mantienen su valor originario. Se aconseja desentenderse de pronunciar <φ>, <θ> y <χ> como oclusiva más sople sordo (/p<sup>h</sup>/ /k<sup>h</sup>/ y /t<sup>h</sup>/ respectivamente) y usar las fricativas /f/, /j/ y /z/, porque a los españoles nos resulta muy difícil aquella pronunciación. Es incongruente —y lo reconoce el autor de este librito, aunque inmediatamente recomienda mantenerlo— que leamos el diptongo ει como /ei/, pero ου como /u/: todos tranquilos, no pasa nada, sigamos así. La cuestión es si con esas razones podemos estar tranquilos o si lo estaríamos más si no supiéramos que leemos mal y enseñamos a leer mal a nuestros estudiantes. Por cierto, comparto la afirmación del autor de que se lee poco en voz alta, pero me cuesta aceptar que alguien, como dice él, no haya oído leer así un solo verso griego en sus tiempos de estudiante de Métrica.

El capítulo de “Prosodia” es el más acertado del libro. Bergua utiliza con buen pulso y gran frecuencia la bibliografía más relevante sobre el tema, de cuyo conocimiento da sobradas pruebas. Devine-Stephens y Allen son en conjunto sus principales apoyos, pero muchos otros dejan sentir su huella en este capítulo y en todo el libro en general. Muy

útiles son el apartado dedicado a la sílaba (incluye otros dos sobre el acento y la entonación) y las indicaciones sobre silabación, son también completamente acertadas, entre otras, las explicaciones de la relación entre cantidad y apertura de la sílaba. Sin embargo, no está exento de la misma intención de justificar el mantenimiento de la pronunciación erasmiana a la española sin más razones que el peso de la costumbre y la dificultad para hacerlo de otra manera. Y así se propone no atender a las posibles diferencias que en la lectura produciría un acento agudo o un circunflejo, porque nuestra entonación es intensiva y no musical, y también olvidarnos de leer de manera diferente largas y breves, porque esa distinción es irrelevante para nosotros y nos sería difícil realizarla. Y Bergua, que sabe muy bien que Teodorsson y otros han propuesto que la diferencia de cantidad, el itacismo y otros fenómenos remontan al siglo IV a.C., no se acoge a esa razón para recomendar la desatención a la diferencia de cantidades, sino a la costumbre y a la dificultad que nos supondría distinguirlas.

El último capítulo se dedica a la lectura de los textos poéticos. En él propone una lectura acentual: que la entonación de las palabras no refleje el acento que les corresponde como tales, sino que se eleve la voz con un acento intensivo en aquellas posiciones que en el esquema métrico del verso que se recita corresponden a sílabas *principes*.

Como en el caso de la pronunciación de los fonemas, quien esto escribe aprendió a recitar los versos de esa forma y en su práctica docente habitual anima a hacerlo así a los estudiantes. Como regla mnemotécnica, les recomienda que identifiquen los troqueos (-U) como “ritmo de la monja”; los yambos (U-), como “ritmo del jamón”; dáctilos (-UU) y anapestos (UU-) con los “ritmos de palpito y palpító”, y así con todos los ritmos. La propuesta de Bergua nos parece, pues, tan correcta como nos parecía la de la prosa: el ritmo se percibe muy bien. Pero somos conscientes —y creemos que debe reconocerse explícitamente— de que ese proceder es completamente convencional y ajeno al ritmo griego, cuyo sustento es la alternancia de cantidades, no de acentos intensivos que, además, no coinciden con los acentos de palabra. Para empezar, los versos griegos, como la prosa, están compuestos en griego, una lengua donde la estructura de las palabras combina largas y breves sin acumulación excesiva de unas u otras: la diferencia entre formas como σοφώτερος y δικαιοτέρος así lo demuestra. Si prosa y verso se distinguen, no es porque empleen una lengua diferente, sino por la necesidad del verso de atenerse a determinadas combinaciones cuantitativas. Entonces, ¿por qué pronunciarlas de modo distinto? ¿Lo hacemos así en español? ¿Hacen eso con la poesía griega los “erasmoparlantes” de otros países? Evidentemente, no; pero aunque no seré yo quien proponga que se deseché la pronunciación acentuativa, creo que debemos ser conscientes de que estamos haciendo lo que nos parece. Por si lo dicho fuera poco, esa pronunciación tiene una dificultad que no afecta a la de la prosa, donde un texto puede leerse sin ningún problema (con un poco de atención a los signos de puntuación para saber qué tipo de frase estamos leyendo), pero no es posible hacer lo mismo con los versos sin saber si tenemos que leer con “ritmo de monja”, “de jamón”, “de palpito” o “de palpító”, por ceñirnos solo a los más sencillos. En último término, hemos de ser conscientes de que la comprensión de nuestra lectura de la poesía por un extranjero con esta modalidad acen-

tuativa será aún más difícil que la de la prosa, porque los referentes de la poesía española a los que Bergua acude como apoyo para ciertas lecturas serán muy probablemente desconocidos para quien esté acostumbrado a otras poéticas.

En suma, se trata de un libro que explica muy bien cómo leemos y debemos leer los hispanohablantes actuales el griego antiguo siguiendo las normas de pronunciación de Erasmo, pero que, aun siendo consciente de los defectos de esta, los asume como inevitables y sacrifica su solución en aras de nuestras limitaciones en la pronunciación.

Luis M. MACÍA APARICIO  
Universidad Autónoma de Madrid

Mónica DURÁN MAÑAS, *Las mujeres en los Idilios de Teócrito*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2014, 374 pp. ISBN 978-8-41-602830-6.

Mónica Durán Mañas dedica esta monografía a las figuras femeninas de Teócrito, el poeta griego helenístico que ha dejado una huella más consolidada en la Tradición Clásica por su obra bucólica y el influjo de esta en las *Églogas* virgilianas. En los *Idilios*, los poemas del *corpus Theocriteum* en los que se centra la investigación, abundan las figuras femeninas de características diversas, adscritas a grupos de personajes tipo o bien individualidades de rasgos marcados. Sin embargo, el tema de la mujer en este *corpus* poético no había sido aún objeto de un estudio pormenorizado. El libro de Durán procura suplir esta carencia.

La obra consta de cuatro secciones básicas: “Introducción” (15-25), “Grupos de mujeres” (27-209), “Mujeres singulares” (211-320) y “Reflexiones finales” (321-333); a estas se añaden las referencias bibliográficas (335-352), un índice de nombres (353-359) y de pasajes citados (361-370). En la “Introducción”, a la que precede un “Abstract” en inglés (11-14), la autora declara que su investigación tiene como objetivo comprender mejor cómo concibe el poeta de Siracusa a las mujeres que aparecen en su poesía y enriquecer así nuestra comprensión de la personalidad del autor. Desde un punto de vista metodológico Durán indica que su libro pretende ser “un estudio fundamentalmente descriptivo” que busca “la mayor objetividad posible” (15), prescindiendo explícitamente de enfoques teóricos en boga como los estudios de género, en apariencia tan adecuados a esta materia. La “Introducción” discute otras cuestiones previas como los problemas de autenticidad del *corpus Theocriteum* o la selección de los poemas en que se basa el estudio; estos son el conjunto de los *Idilios* por la impresión de unidad que transmiten, con independencia de las dudas sobre la autoría de algunos. Asimismo se explican los criterios que se siguen en la exposición, se justifica el orden en que se discuten las figuras y se recuerda la necesidad de diferenciar entre las referencias en que la mujer se convierte en protagonista y aquellos lugares en que tan solo es objeto de una alusión.

La segunda sección del libro, la más extensa, presenta nueve bloques temáticos en los que se agrupan los distintos tipos de mujeres que la autora individualiza por su rele-

vancia. Esta tipología distingue entre figuras del mito, madres, mujeres históricas, artistas, jóvenes, vírgenes, mujeres en general, esclavas y viejas. Los nueve apartados se suceden en esta sección según el protagonismo relativo que les corresponde a unas mujeres y otras. Las mujeres míticas son las que tienen una presencia mayor y por ello ocupan el primer capítulo (29-65). Es obvio que entre los grupos de esta clasificación se pueden producir solapamientos, según sucede, por ejemplo, con las mujeres del mito que son al tiempo madres, como es el caso de Alcmena, de quien se habla entre las “Mujeres del mito” (42-49) y entre las “Madres”, en el subapartado “Madres del mito” (80-84); el centro del análisis es en ambos lugares el *Idilio* 24 (“El pequeño Heracles”), texto del que se destacan los aspectos más emotivos en el apartado “Madres”; aun así, queda la sensación de que lo dicho en uno y otro lugar se podría haber unificado. Al final de cada uno de los nueve bloques temáticos se presenta un resumen que ayuda al lector a seguir el hilo de la discusión a lo largo de la monografía.

En la tercera sección de la obra el estudio se centra en las mujeres con personalidad individual que se resisten al encuadre en la tipología precedente. Las figuras de las que se habla ahora son personajes teocriteos bien conocidos como Simeta (*Idilio* 2), Praxínoa y Gorgo (*Idilio* 15), mujeres como “la pastora” (la amada de Dafnis en *Idilio* 27) o bien Anaxo, Eunica, Clearista o Alcipa, quienes desempeñan un papel menor en los poemas 5, 9 y 20. Simeta, la enamorada que recurre a la magia para recuperar a su amado y cumple la función de narrador protagonista en *Idilio* 2, es de la que se habla más en detalle (213-257). Como era de esperar, las mujeres que reciben después más atención (259-291) son las dos protagonistas del mimo urbano y costumbrista conocido como *Siracusanas* (*Idilio* 15).

Las reflexiones finales sintetizan los resultados del estudio. Durán recuerda que Teócrito aúna, en sus imágenes de la mujer, la tradición literaria y sus propias experiencias. El universo femenino de su poesía refleja, en razón de ese componente biográfico, tanto el ambiente social y costumbrista de la época como el interés personal del autor por la psicología de la mujer. Al hilo de la importancia del elemento biográfico en el universo femenino de Teócrito, cabe recordar que Durán recoge en este apartado (329-330) una hipótesis novedosa, expuesta ya en 256-257: que la Simeta del *Idilio* 2, personaje de rasgos masculinos y nombre parlante (cf.  $\sigma\mu\acute{o}\varsigma$ , “chato”), sea en realidad un trasunto del poeta, cuyo *alter ego* ha sido reconocido en el Simíquidas del *Idilio* 7, otro personaje chato como quizá lo fuera el propio poeta; de ser cierta tal hipótesis, resultaría tanto más obvio que Teócrito habría reelaborado en el *Idilio* 2 experiencias de su propia vida. La última frase del libro propone un juicio audaz: que los protagonistas reales de los poemas del siracusano no son los pastores o el paisaje, sino las mujeres contempladas como reverso del tema amoroso, “tema que verdaderamente preocupa al hombre que se esconde tras los *Idilios*” (333).

La monografía reseñada es un estudio bien justificado, fundamentado y desarrollado al que, pese a todo, se le pueden plantear ciertas reservas. Por ejemplo, habrá quien discuta la decisión de centrar la investigación en el conjunto de los *Idilios*, con independencia de las dudas sobre la autoría de algunas composiciones, en especial si se aspira a

mejorar el conocimiento de la personalidad de Teócrito. También puede ser discutible la confianza en el propio criterio que muestra la autora cuando propone la estructura que seguirá en la exposición de los resultados del análisis: descarta una exposición por poemas o una presentación temática, por considerar que ello no aportaría una clasificación operativa de las mujeres de Teócrito, y declara después que presentará los distintos tipos femeninos según “las agrupaciones que nos han parecido más productivas” (22), con lo que introduce en su trabajo un sesgo subjetivo evitable. Aunque Durán tenga razón y no convenga una presentación temática de su investigación para evitar reiteraciones, habría convenido añadir al final del libro un índice temático que orientase al lector interesado en este tipo de lectura del mundo femenino teocriteo; tal índice de temas figuraba, por cierto, en la Tesis original de Durán de la que surge la monografía (*Mujeres y diosas en Teócrito*, Universidad Complutense de Madrid, 2009, 625-634).

En un libro cuyo público potencial estará compuesto ante todo por filólogos clásicos, básicamente helenistas, se esperaría encontrar más texto griego impreso. Cuando se citan frases cortas, expresiones o términos, estos aparecen traducidos y en la lengua original; si la cita es de un grupo de versos, estos aparecen solo en traducción. Se entiende que esta renuncia a la impresión en fuentes griegas obedece a un criterio editorial. Pero, dado que se ha dicho tantas veces que los textos poéticos se deben leer en presencia de la versión original, no habría estado de más presentar también esta junto a las traducciones escogidas.

La reseña concluye indicando dos aspectos del trabajo que revisten especial importancia. En la discusión de los textos concretos en que se apoya, Durán efectúa, de principio a fin, un análisis riguroso que evidencia su competencia en el manejo del método filológico y su conocimiento de la bibliografía relevante. Se ha de destacar asimismo la vena pedagógica que manifiesta la autora y convierte su obra en un texto fácil de seguir aun por un público no especializado en la Antigüedad. Los resúmenes parciales que jalonan el libro y sus reflexiones finales guiarán al lector a través del mundo femenino del poeta de Siracusa.

José B. TORRES  
Universidad de Navarra

Michael VON ALBRECHT, *Ovidio. Una introducción*. Traducción del alemán A. Mauriz Martínez, revisada por F. Moya del Baño y M. von Albrecht. Presentación F. Moya del Baño. Bibliografía ovidiana en España E. Gallego Moya, Murcia, Universidad, 2014, 348 pp. ISBN 978-84-16038-74-9.

Jorge Luis Borges en “Las versiones homéricas” (*Discusión*, Obras Completas, vol. 1) vino a resaltar que en ocasiones una traducción se acerca al original o podría vista al lado de otra aun superarlo. Incluso un film, visto dos veces, nos parecería mejor en la segunda ocasión. Reseñar la traducción aparecida en 2014 de una obra escrita en 2003 (Stuttgart,

Reclam) no es tarea fácil. Ver si está todo Ovidio repasado en ella, cuál era la intención de su autor, quiénes serían los destinatarios de la obra resulta una tarea poco más o menos vana. Cabría si acaso juzgar la oportunidad de sacar una versión española del manual, comprobar la fidelidad de la traducción a su original, resaltar los añadidos que contiene, etcétera, y no mucho más. Mis palabras por tanto no irán referidas a lo primero, cosa que las reseñas pertinentes mostrarían —la obra fue saludada en *Die Zeit*, 23.10.2003—, sino más bien a lo segundo.

Que la oportunidad de sacar a la luz una traducción de un *manual* de Ovidio en estos años podría aparecer como una *prolepsis* del bimilenario de su muerte en Tomis que conmemoraremos el año que viene, 2017, ya de por sí justificaría tal empeño, porque el desarrollo del libro puede abarcar tanto al lector curioso, como al filólogo más avezado, no duchos en la lengua original. Por ello la oportunidad de encontrar autor y editorial dispuestos, traductor y colaboradores que acerquen el libro a sus potenciales lectores en lengua española y una editorial (universitaria en este caso) que lo hagan posible es siempre un motivo de felicitación.

Sobre la traducción poco hay que decir, especialmente cuando el autor original y una filóloga competente la han revisado. El traductor es fiel al original, diría que incluso que es fiel al estilo condensado de su autor. A veces, con todo, en el caso de algunos neologismos uno no sabe bien por qué “Poetologie” se traduce por “metapoética”, y no por un calco en “poetología”, cuando ni el uno ni el otro son recogido por el DRAE y lo mismo hubiera sido objeto de una aclaración por parte del traductor. Algo parecido ocurre en las páginas 62 y 63. En la penúltima línea de la página 62 se escribe ‘mitopoiesis’, pero en la 63 nos topamos con ‘mitopoyética’

Hay que echar en el debe del traductor y de los revisores de la traducción ciertas inconsistencias en la referencias dentro del texto. Me refiero en concreto a determinadas remisiones internas que no se ven cumplidas o ni siquiera corregidas. Así en la página 38 aparece al final del primer párrafo de la siguiente manera: “(uid. supra p. **¿¿ n.13**)”, y no son más las negritas. Algo parecido cabe decir de la remisión interna en la página 71, donde al final del primer párrafo se escribe: “(sin embargo, vid. pp. 65 s)”. Uno busca allí algo sobre el libro tercero del *Arte de amar* y no encuentra tal. De nuevo en la página 150 se remite a la página 141: “(cfr. pp. 141 s.)” para algo referido a la ruptura de la cronología en el libro cuarto de *Metamorfosis*. Sin embargo es esa una remisión traducida del original alemán “(vgl. S. 141 f.)” que no encuentra contrapartida en el volumen en español. Ahí en la página 141 no hay nada de eso. Hay que buscarlo en la página 155, donde igualmente se repite el error pero a la inversa: se nos pide ir a la página 137, que es la del original, cuando la remisión debe ir a la página 150. Y también una remisión poco acertada es la que aparece en la página 298, hablando de Pope, al final del segundo párrafo: “(vid. infra p. **288 con n. 32**)”. Las negritas no son tampoco más. No parece lógico que se remita *infra* a una página 288 cuando estamos en la página 298. Se remite sin duda a la nota 32 que aparece en la página 304, donde vuelve a hablarse de Pope.

No parece correcta tampoco la frase: “A raíz de su muerte, Tibulo le dedicó, con toda justicia, una elegía magistral, amén de ubicarla en una de las posiciones centrales del

libro tercero (A 3,9)”, de la página 53, cuando por la mera referencia del final es Ovidio quien dedica a Tibulo dicha elegía y no al revés.

Las traducciones de las citas ovidianas, que vistas como traducidas desde el alemán son bastante fieles al latín, a veces merecerían más detención: en la página 174 se lee “sino el hecho de que es todavía (sea) un chiquillo”, entendido como traducción de *sed quod adhuc puer est*. Sin embargo el original alemán reza así: “sondern die Tatsache, daß er noch ein Knabe ist”. No se aviene bien, pues, el paréntesis “(sea)”.

Por último, se observa una cierta incongruencia a la hora de trasladar al español algunos nombres de poetas medievales. Me parece bien que se diga Conrado de Hirsau, para Conradus Hirsaugiensis, Konrad von Hirsau, o que se traslade como Balderico de Bourgueil a Balderich von Bourgueil, o Baudri de Bourgueil o Baldricus Burgulianus. No se corresponde con ello, sin embargo, mantener Hildebert de Lavardin o Vincent de Beauvais, cuando son muy habituales y están ya consagradas por la tradición las formas Hildeberto de Lavardin (Hildebertus Turonensis o Hildebert de Tours), o Vicente de Beauvais, este último llamado así en español ya desde el siglo XVIII.

La obra se cierra con una bibliografía ovidiana en España por Elena Gallego Moya dividida en Ediciones y Traducciones, y en Estudios. La primera parte es un sugerente resumen de cuantas ediciones y traducciones según las diferentes obras de Ovidio han sido, y es destacable la anotación de traducciones antigua aún inéditas. El apartado de Estudios, sin embargo, es una lista por orden alfabético de autor de decenas de estudios publicados. No voy a entrar en si falta alguno o no —la autora la plantea como un punto de partida—, pero sí creo conveniente resaltar que un mero listado alfabético por autor es poco productivo: más útil habría sido organizar temáticamente las aportaciones que se listan, pues no es lo mismo buscar aportaciones de crítica textual, de análisis de mitos o de tradición.

Dicho todo esto, es momento de volver a felicitar a quienes tuvieron la iniciativa de traducir el libro y a quienes la han puesto en práctica para que la obra de Ovidio viva.

Juan A. ESTÉVEZ SOLA  
Universidad de Huelva

Marco Valerio MARCIAL, *Antología de epigramas*, trad. y nota preliminar Pedro CONDE PARRADO, Gijón, Ediciones Trea, 2014, 134 pp. ISBN 978-84-9704-813-2.

Este Marcial de Conde Parrado puede calificarse de traducción en primera persona, en varios sentidos. El comienzo de la nota preliminar da la pauta: “Gran pesar me ha causado...”. El lamento de Plinio el Joven por la muerte de Marcial marca esa primera persona, que se proyecta más allá de la cita, para irradiar al antólogo y al propio lector que acaba de entrar. Este principio, más *in ultimas* que *in medias res*, consigue el curioso efecto de mostrar al poeta como alguien cercano. Su muerte parece recién ocurrida. Y el



antólogo queda retratado como una voz con entidad literaria para asumir los riesgos de esa aproximación.

Este planteamiento —de audacia tranquila— es propio de una filología que combina el rigor científico con un nuevo humanismo, cada día más necesario. Hacer una pequeña antología de Marcial tiene detrás un trabajo grande, que solo desde la propia filología clásica podemos apreciar: en primer lugar, la selección de materiales, que en una obra tan extensa obliga a un verdadero despojo, ya que, como constató Montaigne (*Essays* 2,25), entre los epigramas de Marcial los hay de todo tipo.

Plantea el antólogo una original lectura para el famoso juicio de Plinio el Joven: “Puede que no sea eterno lo que escribió: tal vez no, pero él lo escribió como si fuera a serlo”. Según Conde Parrado, no estaría referido a toda la obra de Marcial, sino únicamente a lo que escribió sobre Plinio. En cualquier caso, ofrece un Plinio consciente de que él y Marcial son postclásicos, aunque no necesariamente menores. Ese “como si fuera a serlo” (*tamquam esse futura [aeterna]*) se parece mucho al *sub specie aeternitatis* con que se nos presenta la vida. Marcial escribió de un modo curioso: como los demás vemos la vida, así ve él la eternidad literaria. Con la misma fragilidad con que nos adentramos en la ficción. Esa puede ser una de las claves del lado humanísimo de Marcial. Esta interpretación contemporánea que está implícita en la hipótesis de Conde Parrado renuncia a las seguridades áureas o argénteas (“tal vez no”, *non erunt fortasse*), pero acerca mucho al poeta, como hemos visto. La eternidad quebradiza de los dos milenios es nuestra certidumbre.

Con esa perspectiva distingue bien el antólogo los dos Marciales: el humorístico y el serio (incluso vulnerable o tierno) que se perfila por excepción. A ambos les ha dado lugar y lenguaje, aunque en el serio, menos conocido y más íntimo, ha puesto el traductor lo mejor de su esfuerzo, como acreditan el epitafio de 2,34 o el arte de vida de 10,47. A cambio —y es un logro— ha excluido los poemas que nos resultarían lejanos o inasumibles. El resultado son doscientos poemas breves en un librito caleidoscópico que permite al poeta antiguo desplegar su gracia sin el sobrepeso de las explicaciones. No hay bibliografía, y las notas, relegadas al final, están reducidas al mínimo (21 para 200 poemas). Es un minimalismo de la erudición, no de la filología, que concentra su acción vigorosa en la elección de poemas y en la traducción misma.

Habiendo optado por una presentación narrativa, Conde Parrado enumera claramente lo que sabemos y lo que no sabemos, que es mucho en Marcial, y que en ambos casos nos remite a la obra. Esas zonas en sombra de la literatura latina son más grandes de lo que Bardon esbozó, y curiosamente resultan ser uno de los atractivos de los clásicos para el público actual, al que le interesa mucho lo que desconocemos, tal vez porque muestra la filología clásica como “work in progress”.

Para la eficacia poética de la antología ha sido determinante la colección, que sitúa a Marcial en una serie inequívocamente literaria, junto a otros poetas. Ediciones Trea recibió en 2014, el año de esta antología, el Premio Nacional por su calidad cultural, criterio en el que entra de lleno este Marcial. En esa línea debe reconocerse que publicase el texto bilingüe, algo que facilita la lectura y otras consultas. La traducción, al funcionar

perfectamente como poesía actual, tira del latín hacia el presente, no solo del latín de Marcial, sino de toda la lengua y la literatura latinas. Al valor del poeta se suma el del traductor. El resultado es un libro nuevo, una verdadera antología esencial. Queda bien representado el epigrama específicamente marcialesco dentro de la larga tradición del género, anterior y posterior. Es elogiado además que los epigramas mantengan su forma, sin haber perdido su tensión poética.

Las renunciadas tienen también sus riesgos, aunque solo en el ámbito filológico, no en el literario. Conde Parrado no indica qué edición latina sigue. Sí alude, sin embargo, a la edición de Alma Máter, en la que su maestro, Enrique Montero, ha ejercido como traductor. Esa, a todos los efectos, es la edición que el lector percibe implícitamente como referencia de *corpus* completo, bibliografía actual y notas detalladas.

A pesar de su brevedad, la antología abunda en hallazgos: “madurito” para *senior* (3,69,6), lo que repercute en que allí mismo *amica* se interprete como “nínfula”. El diminutivo “putitos” para *cinaedos* (12,16), o “cara de mandona” para *facies imperiosa* (6,23,4); la literalidad no tiene por qué ir palabra por palabra: *Auctoris ... garrulitatis sui*: “Si el que lo hace es un bocazas” (5,56,8). A veces nace de un giro inesperado: *Quis credat?*: “¡oh, sorpresa!” (5,44,3).

Hallazgo es dar con un verso nuevo que en todos los órdenes (semántico, fónico con la aliteración en *s*, sintáctico en la bipartición) equivale al original (3,12,3): *Res salsa est bene olere et esurire*: “Tiene guasa oler bien y pasar hambre”. Nuestro Siglo de Oro es históricamente uno de los lugares de Marcial: “Ya sé: te atrapa mesa más golosa, / cual perro preso de mejor cocina” (5,44,7-8). Así hay líneas de esta traducción conectadas con Quevedo: “querrás los huesos de las cenas de antes”; con Góngora: “campo, pórtico, sombra, Virgen, termas”, o con Lope: “«Mañana viviré. Mañana» dices, Póstumo, siempre”).

Conde Parrado domina distintos registros de belleza poética, cosa imprescindible para un traductor de Marcial. Por un lado, el encanto tranquilo del invernadero (“igual que refulge un cuerpo de mujer bajo la seda, / igual que un guijarro bajo las límpidas aguas” [8,68,7-8]). Por otro, el espléndido 10,34, cuyo inicio (“Contigo treinta y cuatro primaveras”) es un impecable y rotundo endecasílabo castellano, que no solo iguala el endecasílabo latino, sino que está a punto de saltar a la música para ser cantado por alguna garganta desgarrada, mejor mexicana que española. Conde Parrado no solo ha puesto aquí a Marcial. También ha puesto letra al bolero que Marcial ni imaginó: “Lo dulce ha ido mezclado con lo amargo, / mas son los buenos ratos los que cuentan”.

La destreza del traductor consolida la percepción de las figuras poéticas, como la paradoja de 8,20,2: “Tonto y listo eres a un tiempo” (*Non sapis, atque sapis*). También hace posible que nos lleguen los estereotipos, como el metrosexual del 12,38, con su “bronceado de bote” (*niger unguento*) y sus “piernas bien lisitas” (*crure glaber*). A propósito, no estoy seguro de que “minga” sea siempre la mejor opción para *mentula*, pero es cierto que se trata de uno de los términos en los que no hay un único equivalente hispánico, ni mucho menos panhispánico.

Las líneas maestras de Marcial están bien trazadas en esta antología. El epicureísmo sereno y la acidez cínica. El humor. El origen hispano, los regalos, los espectáculos (de cuyo libro se elige solo un poema, pero es absolutamente eficaz, puesto que es la inauguración del Coliseo). Lo masculino y lo femenino (que pueden decidirse en una parronomasia feliz, añadida por el traductor: “y roce y goce mi lino sus níveos pechos” [14,149]). Está el tono mayor que puede alcanzar, cuando quiere, un poeta mayor: como el magnífico 10,47, difícil en sí mismo, y difícil por estar muy bien traducido (incluso recreado recientemente otra vez, como en el célebre soneto de Vicente Cristóbal). Conde Parrado traslada la sobriedad de los contenidos a las palabras, casi quevedescas: “En mesa sin boato frugal dieta”.

De hecho, es en la sintaxis donde se decide un poeta y donde se decide un filólogo. Combinar el significado con la articulación de los vocablos acredita un conocimiento íntimo de los dos idiomas y una seguridad a la hora de mantener y de eliminar. Todos los mecanismos de la tradición clásica pueden darse en una traducción, empezando por la imitación y la variación. Por ejemplo, en 6,79,1: *Tristis es et felix*. Hay una oración enunciativa, el verbo es copulativo con dos atributos. Conde Parrado la convierte en interrogativa, suprime el verbo *es* y la conjunción *et*, utiliza una locución para *felix* y además lo vuelve ponderativo: “¿Triste con tan buena estrella?”. Y todo como si nada. Es imposible introducir más cambios en menos palabras. Sin embargo, la versión es asombrosamente literal. A eso me refiero con la maestría de un traductor maduro, seguro.

Si pudiera parecer que Marcial desafía solo las convenciones de su momento, debemos ser realistas. Sus provocaciones siguen intactas hoy, lo que debería hacernos pensar mucho en la necesidad de seguir haciendo legibles a los clásicos. El Marcial de Conde Parrado está llamado a conquistar un sitio entre las mejores traducciones del poeta. Por las virtudes que hemos enumerado tendrá público literario, acostumbrado a la poesía, pero es útil también por sus valores didácticos: por un lado, éticos, y, por otro, puramente filológicos. Es perfecto para clase de textos y para clase de literatura, para talleres literarios, para lectores jóvenes y para lectores maduros.

Hay un fuerte componente ético en Marcial, que se hace visible, por ejemplo, en el epigrama 5,20. Este fluye de principio a fin en la traducción: “vivir vida que sea en verdad vida ... /... si sabemos vivir, ¿a qué esperamos?”. Traducir es ser. Leer es ser. Una buena traducción poética nos permite vivir mejor, con una sabiduría que sin estos poemas es inimaginable.

Juan Antonio GONZÁLEZ IGLESIAS  
Universidad de Salamanca

Gonzalo FONTANA ELBOJ, *El Evangelio de Juan. La construcción de un texto complejo: orígenes históricos y proceso compositivo*, Zaragoza, Pressas de la Universidad de Zaragoza, 2014, 301 pp. ISBN 978-84-16028-90-0.

No hay *corpus* textual que haya sido más estudiado desde todos los puntos de vista o que haya suscitado tan abundante y compleja bibliografía como el *Nuevo Testamento*. En nuestros tiempos podría parecer que poco más se puede añadir a lo ya escrito sobre el tema, pues no hay libro de este *corpus* ni pasaje de cualquiera de sus libros que no haya sido escrutado desde diferentes puntos de vista, ya sea el crítico-textual, el literario, el histórico o el teológico. Incluso orientaciones de estudio contemporáneas se han sumado al interés por estos libros, como los estudios de género. Curiosamente, a pesar de la acumulación progresiva de bibliografía sobre la cuestión que se produce año a año, siempre quedan resquicios que investigar, no porque tengan lugar inesperados hallazgos de nuevos testimonios que vengan a cambiar radicalmente el estado de la cuestión, sino porque la reinterpretación de los datos existentes da lugar siempre a innovadoras hipótesis desde nuevos enfoques.

En el estado de la cuestión sobre el *corpus* neotestamentario se ha llegado a ciertos acuerdos que ya gozan de una aceptación casi generalizada entre los investigadores. El ejemplo más patente es la interrelación entre los evangelios sinópticos y la existencia de una fuente común (Q). Sin embargo, hay una cuestión que aún sigue estando candente: el cuarto evangelio, el de Juan, y ello no solo por las dificultades que presenta la interpretación de su texto y de su contexto, sino también porque las conclusiones a que se lleguen sobre su autoría, redacción o lugar de procedencia repercutirán en los estudios sobre otros escritos que la tradición atribuye al apóstol Juan, como el *Apocalipsis* o las cartas. Y también encontramos que puede ocurrir lo contrario, es decir, que los avances en la investigación sobre el *Apocalipsis* y las cartas joánicas repercutan en los estudios sobre el cuarto evangelio. En estos casos, como ocurre con muchos otros libros del *Nuevo Testamento*, la única base de que se dispone para este estudio son los textos mismos, a falta de datos externos que permitan contextualizar en un lugar o en un momento determinados la gestación de estos escritos, las circunstancias en las que surgieron y quiénes fueron sus autores. Los textos y lo que ellos nos digan son, pues, casi en exclusiva las únicas fuentes de información disponibles, pero, como la investigación ha demostrado, su interpretación da para mucho cuando intervienen aunadas la filología, la crítica textual, la crítica literaria, la historia del Cristianismo primitivo y su relación con el Judaísmo, y, por supuesto, la teología.

Una simple lectura de los evangelios pone en evidencia la gran diferencia que existe entre los sinópticos y el cuarto. Es opinión común que el cuarto presenta una visión teológica de los acontecimientos mucho más avanzada que los sinópticos, y que tanto su concepción como su finalidad diferían mucho de las que estaban detrás de estos. Pero hay mucho más, puesto que el cuarto evangelio es, posiblemente, el más complejo desde el punto de vista compositivo y quizá el que presenta más problemas para el estudioso desde el punto de vista literario. Por ello constituye un campo de trabajo privilegiado en

el que aplicar metodologías de la crítica literaria que, por lo demás, tan productiva ha sido en la investigación sobre los textos bíblicos no solo del *Nuevo Testamento*, sino también y especialmente del *Antiguo* a la hora de detectar los diversos estratos textuales que componen los libros del Pentateuco. Esta complejidad del texto del cuarto evangelio y especialmente su encaje en el contexto neotestamentario, explican que haya sido uno de los libros de este *corpus* que más discrepancias y opiniones diversas ha generado en la investigación desde antiguo.

Precisamente la crítica literaria constituye la base del libro de Fontana Elboj que estamos reseñando, y de ahí precisamente su subtítulo (*La construcción de un texto complejo*) y el objetivo que se marca su autor: “formular una hipótesis sobre los orígenes y el proceso compositivo del Evangelio de Juan” (19). Como ya hemos dicho, es muy difícil aportar algo nuevo a esta cuestión de tan larga y antigua historia de la investigación. Quizá por ello este libro es más una excelente visión sobre el estado de la cuestión que una innovación interpretativa sobre el asunto. Pero tenemos que valorar positivamente su oportunidad puesto que en poco más de doscientas cincuenta páginas este libro permite al lector tener una idea general sobre el problema del cuarto evangelio. Y, como es natural en un trabajo que se incardina en una historia de la investigación tan larga y compleja, las fuentes bibliográficas desempeñan un papel crucial. Al respecto el trabajo es muy exhaustivo y es patente que el autor en este aspecto no ha dejado ningún cabo suelto. Prácticamente las principales obras sobre la cuestión están aquí presentes y son bien utilizadas y sometidas a crítica. Esta rica historia de la investigación habría justificado que el capítulo “Historia de la investigación” (19-20) hubiese sido algo más prolijo, pues tal información resulta fundamental al lector para poder apreciar en su justa medida en qué va a consistir la aportación de este libro y de qué manera este se imbrica en el panorama de estudios sobre la cuestión. Por otra parte, esto permitiría valorar cómo hipótesis tradicionales reaparecen de vez en cuando en etapas posteriores de la investigación y vuelven a retomar validez periódicamente reinterpretadas a la luz de nuevos enfoques.

Sobre este cuarto evangelio (y también en parte sobre los sinópticos y sobre los restantes libros del *Nuevo Testamento*) solo se pueden construir hipótesis derivadas del estudio interno del texto. Pocas veces hay datos externos de los que echar mano para confirmar o para descartar aspectos determinados de tales hipótesis. Especialmente esta observación se puede hacer respecto a la cuestión de la autoría, quizá el problema más difícil del cuarto evangelio y el que presenta mayores implicaciones teológicas e históricas no solo para este, sino también para las cartas 2 y 3 de Juan y el *Apocalipsis*. Al respecto, sobre las fuentes antiguas que proporcionan datos sobre su autoría, en la página 46 se cita entre los testimonios que aceptan la atribución a Juan de este cuarto evangelio el Canon o Fragmento de Muratori (Milán, Bibl. Ambrosiana, J. 101 sup), de “finales del siglo II”. Hoy resulta arriesgado aducir este escrito como prueba de antigüedad para el Evangelio de Juan, puesto que su datación en el siglo II es discutida. Se acepta esta data-

ción temprana, por ejemplo, en Roger Gryson<sup>1</sup>, pero otros autores le atribuyen una datación más tardía, por ejemplo en el siglo III, como obra de Victorio de Pettau<sup>2</sup>, o incluso en el IV<sup>3</sup>.

En este aspecto, interesa comprobar en qué consiste la aportación fundamental de este libro a la historia de la investigación sobre el Evangelio de Juan. Tenemos que irnos para encontrar lo que podríamos considerar el puntal de la propuesta del autor al punto 2.2.2 (“Nuestra hipótesis: Una nueva propuesta estratigráfica”). Llama la atención que aquí se hable de una “nueva propuesta” cuando en realidad se asumen presupuestos e hipótesis de autores anteriores. Probablemente lo más interesante es la discusión que se establece enfrentando las diversas hipótesis en liza y discutiendo sus puntos principales. Hay, sin embargo, algunas observaciones que se podrían haber matizado mejor, como la que encontramos en la página 62: “Según se aprecia, todas estas propuestas [referido a las de autores como Bultmann, Dodd, Fenton y Brown] analizan el evangelio en términos semánticos y, por tanto, sus resultados ya están predeterminados por los criterios previamente formulados por cada uno de los distintos autores”. Realmente en muy pocos casos, en toda la investigación sobre este evangelio o sobre el *Nuevo Testamento*, hay análisis que se ciñan estrictamente a “términos semánticos”. La investigación sobre este tema tiene una historia previa muy larga, y seguramente tendrá mucha más historia en el futuro, y este libro es una etapa más que viene a recoger e interpretar lo ya dicho, porque en este campo de estudio es muy difícil introducir innovaciones, a no ser que en un momento dado tuviesen lugar descubrimientos de tan extraordinaria importancia como los ocurridos en Nag Hammadi para el Gnosticismo o Qumrán para la historia de la Biblia Hebrea y para *Septuaginta*.

Sin embargo, ha habido descubrimientos que pueden incidir en la investigación sobre el *Nuevo Testamento*, aunque a mucha menor escala que los de Nag Hammadi o Qumrán para sus respectivos campos de estudio. Un ejemplo es el Papiro Egerton (British Library, Egerton Papyrus 2 [+ Köln, P. VI 255]) cuyo testimonio también Fontana Elboj incorpora muy convenientemente a su estudio sobre el cuarto evangelio (96ss.). Pero incluso en este caso el valor del papiro para determinados aspectos de la investigación resulta, en nuestra opinión, muy controvertido a la hora de establecer la existencia de una versión antigua del Evangelio de Juan que habría sido conocida por el compilador del texto del papiro. Es posible también que el autor del texto del papiro Egerton tuviera acceso a materiales históricos que son comunes a los sinópticos y también, por supuesto, a los que encontramos en la base del Evangelio de Juan, sin que haya que presuponer que entre estos materiales figurase un “protoevangelio de Juan”. Al respecto, traigamos a colación las observaciones de Kraus, Kruger y Nicklas: “The thesis of mutual dependence between UG [= “The ‘Unknown Gospel’ on P. Egerton 2”] and the fourth Gospel

<sup>1</sup> R. GRYSO, *Répertoire Général des auteurs ecclésiastiques latins de l'Antiquité et du Haut Moyen Âge*, vol. 1, Freiburg, Herder, 2007, p. 167;

<sup>2</sup> J.J. ARMSTRONG, “Victorinus of Pettau as the Author of the Canon Muratori”, *Vigiliae Christianae* 62 (2008) 1-34.

<sup>3</sup> A.C. SUNDBERG, “Canon Muratori: A Fourth-Century List”, *Harvard Theological Review* 66 (1973) 1-41.

might be explained in different ways. The hypothesis that UG and John depend on a common written source is, however, not convincing. Today the existence of possible sources (besides the synoptic gospels) of the Gospel of John is regarded as more and more unlikely; in any case, we would have to assume these sources to be circulating at least for a certain amount of time within different groups, so that both authors (of the Fourth Gospel and the UG) would be able to use them for their texts"<sup>4</sup>. A continuación se reconoce la dificultad que supone adscribir una mayor antigüedad al texto del Papiro Egerton o al Evangelio de Juan. Añadamos, ya que estamos en este punto, que quizá en algún momento se tendría que haber traído a colación el testimonio del papiro Rylands (Manchester, John Rylands University Library, P 52), de la primera mitad del siglo II (quizás de finales), puesto que es considerado el más antiguo testimonio de la existencia del Evangelio de Juan; y también el Papiro Oxyrrinco 840 que, aunque datado en la primera mitad del siglo IV, transmite un texto muy antiguo en el que algunos autores han visto una posible fuente de este mismo evangelio<sup>5</sup>.

Somos conscientes de que la carencia de datos tiene que llevar forzosamente a establecer hipótesis aún a sabiendas de que son de difícil demostración. A pesar de ello, consideramos que hay que tener algunas precauciones a la hora de extraer ciertas conclusiones. Por ejemplo, en la página 155 se dice: "... la existencia de *Juan* como género literario solo es posible gracias a *Marcos*. O de otra manera, el cuarto evangelio tuvo que ser compuesto en un ámbito en el que *Marcos* estuviera ampliamente difundido. En la medida en que *Marcos* da lugar a *Lucas* en Éfeso, bien pudo dar también lugar a *Juan*"; y a continuación: "Esto significa que en una sola ciudad circularon simultáneamente dos evangelios, lo cual necesariamente implica que esa ciudad contaba con dos comunidades cristianas bien diferenciadas: una de carácter gentil, fundada por la actividad misionera entre judíos, *metuentes* y luego directamente gentiles, de Apolo y Pablo; y otra de carácter estrictamente judío. La prueba más evidente de la existencia de esta doble comunidad en Éfeso es precisamente el conjunto de cruces y mutuas influencias entre ambos textos". Quizá sería conveniente expresar estas afirmaciones como posibilidades (entre otras muchas), puesto que caben interpretaciones alternativas de los datos disponibles y, probablemente, la cuestión es mucho más compleja de lo que se podría pensar.

En general, tenemos que agradecer al autor esta síntesis tan interesante sobre la cuestión. Habría sido conveniente, en nuestra opinión, una estructuración diferente del trabajo. Que todo el libro se divida en una "Introducción" (capítulo 1) de 23 páginas (19-42), en un punto 2 ("La composición del *Evangelio de Juan*: Una hipótesis estratigráfica") de 125 páginas (43-168), en un punto 3 ("La trayectoria del grupo joánico en el siglo I: una hipótesis histórica") de 88 páginas (169-257) y en un punto 4 ("Conclusiones") de 12 páginas (259-271), hace que la exposición de la cuestión se resienta de falta de claridad en algunos pasajes, sobre todo en los puntos centrales (2 y 3) que constituyen el meollo

<sup>4</sup> T.J. KRAUS-M.J. KRUGER-T. NICKLAS (eds.), *Gospel Fragments*, Oxford, Oxford University Press, 2009, 39.

<sup>5</sup> *Ibid.* 160.

de la obra. Una estructura diferente que hubiese compartimentado el punto 2 habría facilitado mucho al lector el seguimiento de las argumentaciones de Fontana Elboj que, por lo demás, son muy acertadas e interesantes.

El libro se completa con una exhaustiva bibliografía sobre el tema con las referencias imprescindibles para esta cuestión. Y volvemos a reiterarlo: no es fácil tener un buen conocimiento de una bibliografía tan vasta como esta, al igual que no es fácil abarcar todo lo escrito y tener la capacidad para discernir lo fundamental de lo secundario en un asunto sobre el que tanto se ha escrito. Pero, a pesar de estas dificultades, el libro de Fontana Elboj es ejemplar en este aspecto. Por todo lo dicho, tenemos que hacer una valoración muy positiva de este libro, con el que Fontana Elboj nos proporciona un acercamiento actualizado y riguroso a un tema tan complejo y que no cesa de generar bibliografía. Así, por dar ejemplo, al año siguiente de la publicación del libro de Fontana Elboj aparecía el volumen colectivo editado por Stanley E. Porter y Hughson T. Ong y titulado *The Origins of John's Gospel* (Leiden, Brill, 2015). Esto es una prueba más de que la cuestión no está zanjada y de que aún queda mucho por decir.

José Manuel CAÑAS REÍLLO  
ILC (CSIC)

José Miguel BAÑOS BAÑOS, *Las oraciones causales en latín*, Madrid, Escolar y Mayo, 2014, 203 pp. ISBN 978-84-16020-22-5.

*Siquidem ex fructu arbor agnoscitur* (Matth. 12,33) es uno de los ejemplos citados por el autor (79). Y, al revés, cuando se trata de un investigador de la categoría de José Miguel Baños sabemos, de entrada, que sus frutos van a ser buenos. El libro que nos ocupa es una nueva prueba de ello. El estudio, precedido por un “Prólogo” de Tomás González Rolán (9-14) y una “Introducción” del autor (15-16), se estructura en cinco capítulos (17-172) y unas “Conclusiones” (173-175). Se completa con la “Bibliografía” (176-188) y unos prácticos “Índice de autores citados” (189-190), “Índice de pasajes latinos citados” (191-199) e “Índice de materias” (200-203).

En poco más de 200 páginas el autor condensa muchos años de estudio sobre las oraciones causales, tema que le interesó desde que era estudiante —según explica en la “Introducción”— y que había abordado ya en varios trabajos anteriores: entre otros, su Tesis (1990), el capítulo correspondiente de la *Sintaxis* que él mismo coordinó (2009) y el de la obra colectiva *New Perspectives on the Historical Latin Syntax*, dirigida por Baldi y Cuzzolin (2011)<sup>1</sup>. Y esta larga dedicación se nota. En efecto, el trabajo es producto, por una

<sup>1</sup> J.M. BAÑOS, *Estudio funcional del denominado “quod completivo” en latín arcaico y clásico: su distribución tras verba affectuum*, Madrid, Universidad Complutense, 1990; J.M. BAÑOS (coord.), *Sintaxis del latín clásico*, Madrid, Liceus, 2009, 601; Ph. BALDI-P. CUZZOLIN (eds.), *New Perspectives on the Historical Latin Syntax. Volume 4: Complex Sentences, Grammaticalization, Typology*, Berlín-Boston, De Gruyter, 2011, 195.



parte, de un exhaustivo análisis de los textos latinos y más allá, puesto que se incluyen también ejemplos de los resultados en las lenguas romances y se tienen en cuenta otras lenguas actuales; y, por otra, de una lectura crítica de los estudios realizados sobre el tema en particular y otras cuestiones lingüísticas de mayor alcance, evidentemente no solo referidos al latín.

Además de la vasta documentación, tanto científica como textual, en la que el autor sustenta sus razonamientos, si hay algo que caracteriza esta obra, y en general los trabajos de José Miguel Baños, es su claridad expositiva, tanto por lo que respecta a la organización de la materia, como al desarrollo de sus explicaciones. El resultado es un libro útil para cualquier interesado en la cuestión, sea o no latinista, e incluso recomendable para los universitarios de la especialidad, como fuente de información sobre las oraciones causales, pero también como modelo de investigación seria en el terreno de la sintaxis latina. Vayamos por partes.

En los dos primeros capítulos se definen los conceptos generales de causalidad y de oración causal: “Causalidad y subordinadas causales” (17-27) y “Semántica y sintaxis de las oraciones causales” (28-37). El autor establece su objetivo y la perspectiva desde la que va a trabajar: “la descripción funcional (sintáctica, semántica y pragmática) de las oraciones adverbiales que ... expresan en latín de manera general la causa” (17). Al mismo tiempo plantea la necesidad de abordar la cuestión de manera sincrónica y diacrónica, pues las diferencias entre las principales conjunciones causales latinas (*quod*, *quia*, *quoniam*) se entienden mejor cuando se conoce el proceso de gramaticalización que experimentaron. Igualmente la perspectiva histórica permite tener una visión de conjunto de cómo evoluciona el sistema en latín tardío, y de los resultados en las lenguas romances. El autor recurre al cognitivismo para definir el concepto de ‘causa’, y a la tipología para situar el latín, como una lengua más, en un marco lingüístico más amplio. Aunque el lector no esté familiarizado con el funcionalismo o el cognitivismo, o no sepa qué son los estudios tipológicos, no encontrará en la obra terminología o conceptos que no estén debidamente explicados. Así, en esta parte inicial del trabajo se establece la diferencia entre oraciones causales internas o del enunciado (“Llueve porque esta zona está cerca de la montaña” [28]) y causales externas o de la enunciación (“Llueve, porque la gente lleva paraguas” [29]). Esta diferencia, de validez interlingüística, que afecta al nivel de integración sintáctica de la oración y que puede tener reflejo en las conjunciones que introducen las subordinadas causales, es uno de los pilares del estudio, pues el autor analizará en el resto del libro cómo se materializa en época clásica y cómo evoluciona en latín tardío.

El tercer capítulo analiza las formas concretas en que se expresa la causa en latín: “Formas de expresión de las oraciones causales en latín: origen y procesos de gramaticalización” (38-81). Se distingue entre conjunciones causales primarias (*quod*, *quia*) y secundarias, de origen temporal (*quoniam*, *quando*, *cum*, etc.) o de otros orígenes (modal: *ut*, *sicut*, etc.; condicional: *siquidem*, etc.). El autor explica el proceso de gramaticalización y de subjetivación por el que las conjunciones adquieren un significado más abstracto, más subjetivo (60), proceso que tiene paralelos en otras muchas lenguas. Unos excelentes

tes cuadros sinópticos (41, 43 y 45) ofrecen una panorámica global de las conjunciones latinas en las diferentes épocas de la lengua, así como de las conjunciones en las lenguas romances en relación con su origen latino. El recurso a los cuadros y tablas de datos es constante a lo largo del libro (hay 16 en total) y resulta una herramienta eficaz para sintetizar datos y también para aportar transparencia a la investigación, al proporcionar las frecuencias de aparición de las formas estudiadas, su distribución por autores y épocas, etc. El estudio no se ha hecho con un *corpus* cuya representatividad pueda ser puesta en duda, sino que, bien al contrario, es amplísimo y ha sido manejado por el autor con plena conciencia del extenso lapso temporal que abarca. Uno de los defectos que Baños señala como habitual en los estudios de sintaxis latina es el tratamiento no diferenciado de ejemplos procedentes de épocas muy diversas, de Plauto a la *Vulgata*, lo cual genera una “pancronía de más de seis siglos” (38) que oscurece la comprensión de cómo evoluciona el latín. En este libro no sucede tal cosa.

Después de haber presentado las diversas formas de expresión de las oraciones causales, Baños las analiza detenidamente en dos capítulos, uno dedicado al latín clásico (“El sistema de las oraciones causales en latín clásico” [82-133]) y otro a su evolución posterior (“Evolución diacrónica de las oraciones causales” [134-172]). En época clásica existe una oposición entre *quod* y *quia* (causales internas) y *quoniam* (causales externas), que el autor demuestra basándose en el distinto comportamiento de las conjunciones en aspectos como su aparición como respuesta a preguntas, la capacidad de coordinación, el empleo de correlativos, su posición respecto a la principal, la posibilidad de focalización, el alcance de la negación y el de la *consecutio temporum*, etc. En latín tardío se desdibuja esta oposición clásica al tiempo que las tres conjunciones empiezan a introducir completivas, por lo que surgen nuevas e inequívocas locuciones causales que acaban gramaticalizándose como conjunciones (*eo quod*, *pro eo quod*). Baños puntualiza algunas afirmaciones aceptadas en muchos estudios acerca de la frecuencia o el origen de determinadas locuciones, como *pro eo quod*, considerada generalmente como una hipercharacterización de *eo quod*. El análisis de Baños no corrobora tal interpretación, sino que revela que ambas locuciones conjuncionales tienen distribuciones complementarias, y que entre ellas se establece una oposición similar a la que mantenían *quod/quia* vs. *quoniam* en época clásica, es decir, causalidad interna vs. externa. Baños también rechaza que se produzca una continuidad entre locuciones concretas del latín tardío y las de lenguas romances. Se trata, más bien, de la continuidad de modelos de gramaticalización, pues repiten los procesos de subjetivación experimentados ya en latín.

En cuanto al aspecto formal, el formato del libro es manejable y la tipografía clara. Sería deseable mayor esmero por parte de la editorial en la corrección de pruebas para que la forma esté totalmente a la altura de la calidad del contenido. Dejo de lado las erratas de omisión de letras o acentos y voy a señalar algunas que pueden empañar la comprensión, porque afectan a los textos en latín, a nombres propios o palabras extranjeras: Álvarez Puerta > Álvarez Huerta (12, l. 14); *aduccti* > *adducti* (30, ej. [19 a]); Santos Ríos > Santos Río (42, l. 13); “ya que no quisisteis” > “ya que quisisteis” (58, ej. [47]) —y este ejemplo se repite con la misma errata en 146, ej. (207 b)—; aparece el término *Manx*,

nombre en inglés del idioma hablado en la isla de Man, el manés (59, ej. [48 c]), aunque se debería aplicar la misma convención que con las demás lenguas y emplear la minúscula y el gentilicio español “man.”; “No es causal” > “No es casual” (59, n. 66); se menciona al autor Vallauri (2000) (61, n. 69), que no está en la bibliografía bajo este nombre —se trata de Lombardi Vallauri, que en la bibliografía figura como Lombardi; habría que unificar la denominación, y añadir esta referencia en el índice de autores citados, donde solo aparecen las dos citas de Lombardi—; *placui* > *placuit* (64, ej. [56 b]); *optuma* > *optumae* (64, n. 77); *qui opus* > *quid opus* (65, ej. [60]); *especific* > *specific* (68, n. 85); *holdind* > *holding* (ibid.); *sicam* > *sciam* (70, ej. [70 b]); *dimisiseu* > *dimisise* (71, ej. [73 b]); *presidi* > *praesidi* (80, ej. [85]); “de ahí que se pueda preguntar sobre dicha relación con *quod* y *quia*” > “de ahí que se pueda responder sobre dicha relación con *quod* y *quia*” (83, penúltima línea del texto); *propuli* > *populi* (87, ej. [99 b]); *existum* > *exitum* (ibid.), ejemplo que se repite con las mismas erratas en página 99 con el número (127 b); *toute le période* > *toute la période* (93, l. 16); *presque toutes les textes* > *presque tous les textes* (93, l. 17); *response* > *responso* (100, ej. [130 a]); “sino porque quería” > “sino porque no quería” (102, ej. [137 b]), y la referencia no es Liv. 38.33.1 sino 38.33.11, que también hay que corregir en el índice de pasajes citados (195); “Los datos de Salustio se refieren a las *Catilnarias*” > *Conjuración de Catilina* (112, n. 158); *necessse* > *necesse* (117, ej. [153 b]) y *est* > *erat* (ibid.), y la referencia no es *Peregr. Aeth.* 29.6 sino 4.6 —en el índice de pasajes también hay que suprimir la referencia a la página 117 para el ejemplo 29.6, y en cambio hay que añadir 4.6: 117—; Hoffmann 1989 > Hoffman 1989 (121, l. 27): se trata de M.E. Hoffman —en el índice de autores citados se le atribuyen dos apariciones, de las que solo es correcta la segunda (121); en la página 49 no hay ninguna referencia a M.E. Hoffman—; *continuun* > *continuum* (126, epígrafe IV.1.9.6); Schrifrin > Schiffrin (135, l. 13), que además no está recogido en el índice de autores citados; *hegotiis* > *negotiis* (135, n. 189); *prouinces* > *prouinciis* (141, ej. [193 a]); *qua* > *quae* (142, ej. [195]); *saturabantur* > *saturabuntur* (142, ej. [196]); *miserocordiam* > *miserocordiam* (ibid.); *fiet* > *feit* (145, ej. [206 a]); “apud Mol 2006” > Moll (145, ej. [204]) —este autor falta en la bibliografía y en el índice de autores citados: F. de B. Moll (2006), *Gramàtica històrica catalana*, U. de Valencia—; *retuli* > *retulit* (o *rettulit*) (149, ej. [212 a]); *appellat* > *appellant* (151, ej. [216]); *gratis* > *gratias* (152, ej. [220]); *regum* > *regnum* (157, ej. [226 a]); Mouton > Moulton (163); *operrtum* > *opertum* (163, ej. [235]); *lumnis* > *lumine* (ibid.); *proptera* > *propterea* (167, n. 246, antepenúltima línea); *nacillam* > *ancillam* (170, ej. [249 a]); *spitius* > *spiritus* (170, ej. [249 b]). En la “Bibliografía”: *Licifer* > *Lucifer* (177, en Bodelot 2009); falta cursiva en “sentienti, iudicandi” (178, en Carvalho 1989); J. R. > J. P. (178, en Chausserie-Laprée); *histoiens* > *historiens* (ibid.); “Díez” > “Diez” (179, en Diez 1882); “2005” > “2006” (179, en Devine-Stephens); *connectuers* > *connecteurs* (179, en Fugier 1987); González Loge > Gonzalez Lodge (180); *ds* > *des* (181, en Herman 1957); L. Melis-P. Vesmet > L. Melis-P. Desmet (183) —el mismo error en el índice de autores citados; además es incorrecta la referencia numérica: dice 27, pp.97-111, y debe decir 36, pp. 13-26—; *Resultat* > *Result* (184, en Pennington); *indo-european* > *Indo-European* (ibid.); *quid, quia* > *quod, quia* (185, en Roca 1997); Thompson-Longrace > Thompson-Longacre (187) —este nombre aparece mal escrito en

todas las referencias (salvo en la de la página 58), así como en el índice de autores citados—; *Conditionals* > *Conditionals* (188, en Wakker).

Algo más delicados son los errores relativos a la numeración de los ejemplos. Así, en 67, nota 83, se remite a los ejemplos (31 b-c), que no existen; en 81, los ejemplos (89) y (89) deben ser (89 a) y (89 b); en 97, línea 3, se remite al ejemplo (119 c), pero no existe; en 122, nota 174, la alusión “Por otro, en un ejemplo como (159 b)” se refiere en realidad a (159 c), y el verbo *gaudeo* debe ser sustituido por *laetor*; en 125, antepenúltima línea, se dice que el ejemplo (166) ilustra un ablativo, pero no hay ningún ablativo en dicho ejemplo; en 131 sobra el ejemplo (174 a), pues no ejemplifica *quoniam*, sino *quia*, y en el texto solo se alude a un (174), que se corresponde con (174 b); en 149 hay dos ejemplos numerados como (211 b); en 154, en la primera línea, punto (v), se remite al ejemplo (221 a), cuando en realidad el ejemplo correcto sería el (212 b); y en esa misma página, en la segunda línea, punto (vi), sucede lo mismo con la referencia al ejemplo (221 b), que debe ser (212 a); etc.

Volviendo a la sustancia, el libro es óptimo y está destinado a ser una obra de referencia en los estudios de sintaxis latina, y no solo en el ámbito español. Con ella el autor demuestra que el latín es una lengua que no ha quedado al margen de la investigación actual en lingüística. El mérito es, sin duda, de los investigadores que, como José Miguel Baños, saben aplicar la metodología adecuada a una lengua de *corpus* y el rigor imprescindible en cualquier trabajo científico para obtener resultados tan valiosos como los que nos ofrece en esta obra.

Eusebia TARRIÑO RUIZ  
Universidad de Salamanca

Rosario MORENO SOLDEVILA-Juan MARTOS (eds.), *Amor y sexo en la literatura latina*, Huelva, Universidad de Huelva (*Exemplaria Classica. Journal of Classical Philology*, Anejo IV), 2014, 267 pp. ISBN 978-84-1606-153-2.

Ya no vale el tópico de la poca bibliografía sobre el erotismo en Roma, pero es notable su distinto calado y orientación. Este mismo año, por ejemplo, se ha publicado en España la traducción del libro de Alberto Angela titulado *Amor y sexo en la antigua Roma*<sup>1</sup> con una orientación decidida de tratado de *realia*. Ahora acaba de salir el libro que reseñamos con una orientación claramente literaria.

La razón es que este libro es producto de un ciclo de conferencias organizado por la Universidad de Sevilla y la Pablo Olavide de la misma ciudad el año 2011 con motivo de la presentación del *Diccionario de motivos amatorios en la literatura latina*, magna obra pro-

<sup>1</sup> Madrid, La Esfera de los Libros, 2015 (= Milano, Mondadori, 2012). Ha hecho de él una bien documentada reseña E. Bérchez Castaño en *Tempus* 38 (2015) 78-88.

ducto de un ambicioso proyecto de investigación, que marca un antes y un después en los estudios sobre literatura erótica, en el sentido más general del término. A partir de ahora la consulta de tal diccionario será imprescindible para quien quiera aportar algo sustancioso en este campo.

En este libro se recogen algunas de esas conferencias a las que se han añadido otros trabajos de la misma temática, razón por la cual decimos que el libro que reseñamos tiene una orientación eminentemente literaria, pues se analizan una serie de tópicos y motivos literarios documentados en la literatura latina. Por esa razón también el título del libro podría llevar a engaño, ya que el lector puede esperar encontrarse con una exposición detallada y completa sobre el amor y el sexo, cuando lo que aquí tenemos son nueve exposiciones muy concretas de algunos de estos tópicos y motivos literarios. De la misma manera, los trabajos recogidos tienen un enfoque diverso en método, cronología, orientación y nivel, pues no son obra de un mismo autor.

En consecuencia, como lo que se trata es de orientar al lector para que conozca el contenido y orientación de este libro, lo más oportuno parece exponer de la forma más breve posible el contenido de cada uno de las contribuciones.

Gabriel Laguna Mariscal en su contribución “Regalos para enamorar (*munera amoris*): un tópico literario de ayer y de hoy”, expone los requisitos de contenido y forma del tópico “regalos para enamorar”, pero añade una exposición de su recepción desde el mundo griego al actual, en la que el trabajo cobra todo su esplendor. En esta exposición se advierte que las razones para los regalos de los enamorados siguen vigentes en la actualidad, así como también su falta de éxito.

En “La avifauna en la poesía latina de amor” de Miryam Librán Moreno se estudian las aves que mencionan los poetas y su relación con la realidad. Es un trabajo bien documentado que desvela si ese tópico es puramente literario o responde a hechos reales, como, por ejemplo, el canto del cisne antes de morir.

Rosario López Gregoris en la contribución titulada “¿Por qué lo llaman amor cuando quieren decir sexo?: sexo y matrimonio en la comedia latina”, comenta la situación en la comedia latina —que tanto choca a la realidad— de la esposa como madre, no generalmente como objeto de amor o placer, que para eso está la meretriz. Es decir, en la comedia se muestra el matrimonio como institución social, cuyo objeto es procrear ciudadanos libres. El análisis de los textos en esta contribución evidencia un conocimiento profundo de la comedia latina y, de paso, su originalidad, a pesar de tener modelos griegos.

En “La *renuntiatio libertatis*, un motivo dentro de un tópico”, de Juan Antonio Estévez Sola, se estudia dentro del tópico romano del *servitium amoris*, que no tiene antecedentes griegos, la renuncia a la libertad para caer en la esclavitud del amor. De esta manera el *dominus* pasa a ser esclavo de su *domina* como medio de lograr y mantener su amor, lo que se refleja en un léxico concorde con esa pérdida de libertad. Poco se dice, sin embargo, del caso contrario, también vivo hasta la actualidad.

Juan Antonio Bellido Díaz en “Cuando el amor se olvida, ¿sabes tú adónde va?: el desamor en la literatura latina”, estudia el concepto de desamor, tan en boga hoy en día y que no tiene correspondencia léxica directa en latín. Tanto su sentido de “ausencia de

amor” como de “pérdida de afecto”, que es el más habitual, tiene amplia representación en la mayoría de los géneros literarios latinos.

En el estudio “*Omnia ferre, si potest et debes* o los límites del *officium* de la clientela”, Juan Carlos Tello Lázaro muestra ejemplos, no habituales por otro lado, de clientes que llegan a prestar servicios insospechados, como sustituir a su patrón en sus deberes maritales con su esposa, con el consentimiento del marido (algo más que cornudo consentido).

El motivo literario de la doncella inocente condenada a la prostitución que mantiene su honra es el objeto del estudio “Sexo y castigo: el motivo de la prostitución como condena”, de Juan Martos Fernández. Este motivo tiene una base real en la condena legal, por las razones que sean, a la prostitución, como se ve repetidamente en la comedia. Lo curioso es que esta situación saltó a la literatura cristiana con la doncella que se niega a adorar a los dioses paganos y, a pesar de su condena, mantiene su virginidad, como por ejemplo Santa Inés.

Y no podía faltar la censura en cuestiones de amor y sexo. Juan Fernández Valverde en su contribución “Casto expurgo de Marcial”, un modelo a seguir por su rigor y claridad, analiza los procedimientos de censura en la primera edición española de Marcial: *M. Val. Martialis Epigrammata ab omni obscenitate aliena* de Diego de la Torre, publicada en Zaragoza el año 1629. Lo más llamativo es comprobar que la técnica es la misma siempre: supresión de poemas enteros de tono subido, omisión de pasajes comprometidos y, por último —pero la forma más cruel de amputación (es decir, Marcial castrado)—, sustitución a conciencia de los términos más fuertes por eufemismos.

Por último, Juan Francisco Martos Montiel, en “Sobre las tribadas: una traducción anotada del capítulo VI del *Manual de erotología clásica (De figuris Veneris)* de Friedrich Karl Forberg”, nos presenta un traducción del capítulo VI (*De tribadibus*) perteneciente a este ya clásico de la literatura erótica, acompañado de unas notas complementarias al nivel de las de Forberg quien, probablemente aburrido de su larga tarea de bibliotecario de la Biblioteca ducal de Coburgo, publicó en 1824 a sus 54 años el *Hermaphroditus* de Antonio Becadelli, el Panormita. A esta edición añadió un apéndice, que es el que se comenta aquí, destinado a convertirse en un clásico erótico por su riqueza de contenido y de léxico, que tras haber reposado siglos en los “infiernos” de las grandes bibliotecas europeas, donde yo pude consultarlo por primera vez en mis años mozos (previo permiso especial), saltó a la fama y mereció el honor de ser traducido a varias lenguas, entre ella el español (2006), y que lo será de nuevo, como promete el autor de esta última contribución.

Es de destacar en estos trabajos la franqueza con la que se habla y se traducen los términos eróticos. Fue siempre habitual la mojigatería que recurría a eufemismos en el tratamiento y traducción de los términos eróticos, como aún es observable todavía en buena parte de nuestros diccionarios. Hoy día pudiera caerse en la tentación de traducir estos términos resaltándolos y haciéndolos todavía más disfemísticos de lo que son en realidad, cayendo de este modo en el polo opuesto. Sin embargo, la verdad es que en España se ha llegado a un punto justo, tratando en la traducción de reflejar la connotación exacta de cada término. El caso de Marcial es ejemplar desde que apareció en 1991 la

traducción de Dulce Estefanía Álvarez, seguida de la de Juan Fernández Valverde y Antonio Ramírez de Verger en 1997, hasta llegar a la última de Alma Mater en 2004-2005, que he realizado sobre el texto de Juan Fernández Valverde, con introducción de Rosario Moreno Soldevila. Me cabe el honor, en este sentido, de ser el pionero de esta tendencia con la traducción de los *Priapeos*, los *Grafitos amatorios pompeyanos*, el *Centón nupcial* de Ausonio y otros textos similares en Gredos en el año 1981 (en donde traté de aplicar el estudio de las connotaciones realizado en mi Tesis de 1973 sobre el latín erótico —cuya segunda edición de publicó en Sevilla en 1991—), texto revisado por mi maestro y responsable de mi introducción en este tipo de estudios, Manuel C. Díaz y Díaz, en una colección cuyo asesor era Sebastián Mariner Bigorra, que aceptó la traducción haciendo gala de gran generosidad y altura de miras.

Enrique MONTERO CARTELLE  
Universidad de Valladolid

Jesús HERNÁNDEZ LOBATO, *El Humanismo que no fue. Sidonio Apolinar en el Renacimiento*, Bologna, Pàtron Editore (Cultura Umanistica e Saperi Moderni 2), 2014, 222 pp. ISBN 978-88-555-3288-4.

Esta monografía de Jesús Hernández Lobato (en adelante JHL), que nació al amparo del doctorado internacional en “Civiltà dell’Umanesimo e del Rinascimento” de la Universidad de Florencia, nos ofrece un enjundioso y exigente —de paciente concentración al lector— relato de la recepción medieval y renacentista de Sidonio Apolinar, si queremos imbuirnos, al través de las actitudes literarias que se suceden ante su heterodoxa latinidad, de la diversidad cultural que caracteriza a un movimiento tan vasto como el Humanismo del *Quattrocento* italiano, hasta diluirse y sembrar con sus ideas todo el *Cinquecento* europeo. Acaso este origen doctoral y su explícito ensamblaje por compendio de artículos (capítulos 2, 3 y 4) sean los causantes de que afloren unas perifrásticas repeticiones, tanto más molestas por concentrarse en las aperturas o clausuras de capítulo para facilitar las transiciones entre ellos, con excesos adjetivadores subrayando el esteticismo rebuscado y excéntrico, que comparte Sidonio con el clasicismo del siglo XII y con los partidarios renacentistas del apuleyanismo en su polémica con los ciceronianos (capítulos 4, 5 y 6). Esa impresión de libro con las costuras demasiado visibles puede despistar en ocasiones y obligarnos como lectores a un sobreesfuerzo para retomar el flujo narrativo. A ello contribuye en no poca medida una impaginación muy compacta basada en una fuente tipográfica *sans serif*, de ojo cerrado (¿una avejentada Helvética o tosca Arial habiendo diseños humanísticos como la Gill Sans o la Calibri?) y apretado interlineado, más propia para titular o para textos breves o de manual, nada propiciadora de la legibilidad que reclaman los textos discursivos de un libro de ciencia humanística.

El rapidísimo capítulo introductorio apenas esboza lo que serán las líneas principales de atención y estudio del esteticismo tardoantiguo representado en Sidonio, porque

así lo demuestra la historia de su recepción prehumanística tras su muerte y para la recuperada sensibilidad literaria del siglo XII. Lo sustancial para JHL pasa por enunciar las razones postmodernas —Lyotard mediante— que le han llevado a preferir, frente a las grandes narrativas sistematizadoras, el “petit récit” sidoniano desde donde asediar la fragilidad e inconsistencias de todo lo que era sólido en la civilización renacentista: “de explorar lo que de tardoantiguo y anticlásico hay en el seno del mayor Clasicismo” (25). Quizá ha llevado hasta el extremo esta opción por lo pequeño redactando este boceto, no obstante la ironía tan postmoderna de haberlo titulado “Aufstieg und Niedergang des Sidonius Apollinaris”. Mis expectativas en este punto —literalistas, lo reconozco, nada alegóricas— se han visto frustradas en la confianza de un minucioso repaso histórico y estético de la poética sidoniana, de la que JHL es un consumado experto y sus artículos lo avalan (acerca, por caso, de la écfrasis visual de la catedral de Lyon [37, n. 37]), pero que realiza en capítulo aparte (2. *Aquellos...*). Puesto que el objetivo declarado es la recepción humanística por Giovan Battista Pio acaso hubiera sido para su narración más eficaz haber fusionado los capítulos 1 y 2 bajo el epígrafe celebrativo de la monumental enciclopedia sobre el mundo romano, y compactada en un solo bloque toda la franja prehumanística. Entiéndanseme bien estas formalidades, pues no cuestionan su núcleo conceptual y metodológico, ni estoy sugiriendo reescribir el libro; solo someter a reflexión un andamiaje distinto que haga honor al saber y finura crítica que atesora, mercedores de una *dispositio* y *elocutio* a la medida de su metaliteratura, pero que su autor ha sacrificado a la sonoridad de un par de titulares (el segundo en homenaje a la famosa serie de los 80 “The Wonder Years”) y confiado a un inicial índice de contenidos numéricamente distribuidos: estos cifrados enturbian más que limpian la sinopsis argumental. Precisamente, la renuncia a elaborar y colocar al final unos pormenorizados índices onomástico y temático, que sacien la inmediata curiosidad por personas e ideas para luego demorarnos en sus respectivos contextos, nos impide juzgar esta monografía de verdadero libro. Por la bibliología sabemos que las formas imponen sentidos, y esa sensación de relato algo descosido y precipitado se aviva en las pocas erratas detectadas: “que abocó al olvido” (24: “avocó”), “en la pluma de un poeta” (31: “pluma un”), “condescendiente con” (34: “concesivo con”), “dentro del *genus*” (38: “dentro el”), “predicador dominico” (52: “p. dominicano”), “Bernardo da Moglio” (54: “Bernado”), “en posesión de un profundo” (55: “posesión un profundo”), “lo sugiere... su contenido” (61 n43: “los... contendo”), “hábitos literarios” (67: “h. literario”), “rasgos esenciales” (68: “rasgo e.”), “a los que se suma” (77: “a. l. q. se se s.”), “serie de cualidades” (93: “serie c.”), “sin menoscabo” (93: “menoscavo”), “el más eximio” (105: “su eximio”), “lo acabarán confrontando con su maestro” (121: “l. a. enfrentando a s. m.”), “cometiendo” (161: “comentindo”).

Otra sugerencia, esta sobre la enciclopedia de enciclopedias que es la *Lampas sive fax artium liberalium* de Janus Gruterus o Jan Gruter (Fráncfort, 1602). A la altura de 2015, cuando las grandes bibliotecas nacionales e históricas permiten el libre acceso en sus portales a muchos de los incunables e impresos ya digitalizados, no se entiende el uso innecesario de la *Lampas*, compendio de los principales *annotamenta* críticos, de que por ejemplo se sirve Ezio Raimondi para sus estudios sobre el humanismo boloñés por evi-



dentes razones de comodidad y accesibilidad, en unos tiempos bien distintos de los nuestros<sup>1</sup>: la BNE y la Biblioteca Histórica “Marqués de Valdecilla” (Madrid), Bayerische Staatsbibliothek (Múnich), Gallica (Francia), etc., disponen de un amplio catálogo del que descargarse, por caso, las *Annotationes doctorum virorum in grammaticos, oratores, poetas, philosophos, theologos et leges* (París, Badio Ascensio, 1511), una enciclopedia de las principales anotaciones críticas del Quinientos (Angelo Poliziano, Marco Antonio Sabellico, Filippo Beroaldo, Domizio Calderini, Giovan Battista Egnazio, Giovan Battista Pio, etc.). La Biblioteca Histórica de la Universidad de Salamanca dispone de una similar colección *In hoc volumine hec continentur Marci A. Sabellici annotationes...* (Venecia, G. Tacuino, 1508, sign. BG/34181), así como una edición de los *In Carum Lucretium poetam commentarii a Ioanne Baptista Pio editi* (París, Badio Ascensio-J. Petit, 1514, sign. BG/11323 y 12005). Es mejor y posible acudir a digitalizaciones de impresos históricos.

Pero no nos dejemos atrapar por estas rudimentarias apariencias y centrémonos en la sustancia y en la forma de los apetitosísimos contenidos de este microrrelato, que sin ningún afán totalizador invita a contemplar en sus menudos y extravagantes detalles la entera grandeza de la cultura humanística. Porque JHL ha leído en profundidad la literatura primaria y secundaria de y sobre Sidonio Apolinar, sobre sus lectores, imitadores y detractores, para secundarla con buenas dosis de pericia filológica y agudeza hermenéutica obteniendo así las jugosas interpretaciones que trataré de sintetizar en mi reseña.

Para cualquier lector interesado en la historia del humanismo y del comentario literario como su plucumperfecta sinécdoque (no tengamos miedo a las “grandes narrativas” y la transformación experimentada por la *enarratio auctorum* así lo aconseja), la panorámica medieval y la prehumanística del Trescientos dibujada con multitud de detalles por JHL se nos antoja un excelente mirador. Para la Escuela de Chartres Sidonio es autor canónico (estética de la enumeración retórica o *congeries*) y su *sermo trabeatus* o “lenguaje de gala”, diferenciado del *sermo quotidianus*, le provoca a Alano de Lille a la *aemulatio*: en punto a la prosopopeya de la Retórica (*Anticlaudianus* 3,137-271), resulta sagacísimo el análisis de la metáfora visual del pavo real resurtiendo en las palabras (33-37).

Durante la segunda mitad del Trescientos las tornas cambian hacia la mera tolerancia, cuando no rechazo, de la estética —de la prosa— sidoniana, a partir de la malinterpretación de Petrarca (*Sidonii temeritatem, illius stilii obice*) achacando a Sidonio una supuesta *irrisio Ciceronis*. Esto lo resolverá JHL con inteligencia a partir de la ‘preterición sidoniana’ (*de Marco Tullio silere melius puto: Epist. 1,1,1-2*), muy oportunamente retomada y colmada en el análisis de la glosa de Pio para canonizar a Sidonio (147-149). Pio relativizará el alcance de la crítica de Sidonio, restringiendo a la praxis epistolar lo que Petrarca había entendido referido a la íntegra personalidad de Cicerón. El capítulo se cierra con otra bien nutrida historia del ansia canonizadora de Coluccio Salutati, construida por

<sup>1</sup> E. RAIMONDI, *Politica e commedia*, Bologna, Il Mulino, 1972, 102.

JHL a partir del análisis intertextual de la expresión que Salutati le dirige a Sidonio en su calidad ‘jurídica’ de *testem assiduum atque opulentum* (57-58): en los adjetivos reverberan sendos tecnicismos literarios de Aulo Gelio (14,6,5 y 19,8,15). La perspicacia y matices interpretativos de JHL se aprecian respecto de otros intertextos de Sidonio en Salutati (61-63). Así, el proverbial *nullus scit, mihi crede, quanta nescit* (*Carm.* 9,346), del que Salutati haría uso con la variante *mihi conscius* mientras debate la atribución de las tragedias de Séneca (*Epist.* 5,18), en lo que JHL considera “formulación verbal bastante desusada en las letras latinas”, y que remite a otro poema sidoniano (*Carm.* 16,85-86: *Derigui, fateor, mihi conscius atque repente / tinxit adorantem pavidio reverentia vultum*): *Quis autem auctor iste fuerit, viderint studiosi; nichil enim audeo in re tam obscura, ignorantiae mee mihi conscius, affirmare* (*Epist.* 5,18, ed. Novati). Ahora bien, la sola expresión de ‘confianza’ o ‘consciencia’ vinculada a un yo autorreferencial es de uso habitualísimo entre autores clásicos, Cicerón a la cabeza (*mihi crede*: *Div.* 2,36-37; *Fin.* 2,21,69; 2,34,113; 5,30,92; *Off.* 3,19,75; *De orat.* 2,72; *Epist. passim*; *mihi conscius*: *Epist.* 6,21,1; 13,8,1; *Tusc.* 2,4,10), pero la ‘consciencia’ también en Livio (42,42,8), en Ovidio (*Am.* 2,7,11), muy abundante en Quintiliano (*Inst.* 6,64; 12,11,8) y luego entre los cristianos Ambrosio y Agustín. A mayor abundamiento y a propósito de la dialéctica *vetustas/modernitas*, es consciente para Salutati la inferioridad de la modernidad (81-82), pero esta vez la expresión de ‘confianza’ no se vincula tanto a la idea de ‘pequeñez’ o ‘ignorancia’, cuanto es sobrepujada por la casticísima oposición *sapientia/eloquentia*, que Cicerón formula a comienzo del tratado *De inventione* 1,1,1 (*sapientiam sine eloquentia parum prodesse civitatibus, eloquentiam sine sapientia nimirum obesse plerumque, prodesse numquam*), y san Agustín actualizará para su trasfuerza medieval (*Doct.* 4,5). El texto de Salutati (*Epist.* 3,79, ed. Novati) dice así: *Tenet gradum suum insuperata vetustas et in campo remanet signis immobilibus atque fixis. Et quidquid sibi de subtilitate so-phistica blandiatur modernitas, sapientia nos, crede michi, et eloquentia vincit.*

Con estas sosesgadas finuras interpretativas llegamos al meollo del libro y a la vindicación cuatrocentista de la poética tardoantigua (capítulos 4, 5 y 6). La ampliación crítica del canon con autores de la latinidad tardía Poliziano la fundamenta en su ‘alteridad’ estética. Con mucha sagacidad JHL aporta y comenta el pasaje de la *Oratio super F. Quintiliano et Statti Sylvii* (93), donde Poliziano exhorta a una estimación positiva del cambio estilístico (*si rectius inspexerimus ... dicendi mutatum genus*), y a no depreciar la ‘diferencia’ (*neque deterius dixerimus quod diversum sit*). Para una cabal historia y crítica del universo literario de Poliziano, además del divulgativo y generalista ensayo de Martin McLaughlin<sup>2</sup>, hubiera añadido el sólido y convincente trabajo de Peter Godman sobre la poética y la historia literaria de Poliziano<sup>3</sup>. De esta lectura habría JHL ganado un ancho punto de vista cultural donde proyectar el sentido de la intertextualidad sidoniana en Poliziano. Porque la forma y función de los intertextos depende en una medida no chica de cuál fuera entonces la estimación prevalente del humanista: la “imagen de un Poliziano pri-

<sup>2</sup> M. McLAUGHLIN, *Literary Imitation in the Italian Renaissance*, Oxford, Clarendon Press, 1995.

<sup>3</sup> P. GODMAN, “Poliziano’s Poetics and Literary History”, *Interpres* 13 (1993) 110-210.

mordialmente filólogo clásico y poeta romance” de hoy en día<sup>4</sup>, contrasta con la del soberbio prosista epistolar que admiró su tiempo. Hubiera resultado entonces menos superficial y anecdótico el relato de la ponderación intertextual, que con buen propósito anuncian los epígrafes de la “sidonización programática” en el Poliziano epistolar (94-98), del “tesoro léxico sidoniano” en el filólogo (98-101) y del “Virgilio sidonizado en el cuatrocentista tardoantiguo” (101-105). Quiero decir que, si nos convence la argumentada funcionalidad de los intertextos aportados para epístolas y poesías, se nos antoja frágil reducir el léxico sidoniano a ese rarísimo *scruta* (*Epist.* 7,2,6: “buhoneros”, “baratijas”; específico número de epístola y párrafo omitidos por JHL), pero presente también en Horacio (*Epist.* 1,7,65) y que Poliziano censa el primero en *Miscellanea* 30 (*Cucuma-Proseucha-Scruta*) sin explicar su significado —falta que le afean Parrasio, Nebrija en *Tertia Quinquagena* y otras misceláneas quinientistas—: me parece algo arriscada la sinécdoque, por excepcional y paradigmático que sea el vocablo, clásico y postclásico a partes iguales. Indirectamente nos dice lo infructuoso de reducir el problema de la escritura y del canon bajo la estricta dualidad ciceronianismo/apuleyanismo. Los mejores humanistas fueron grandes escritores que abogaban por un sano eclecticismo reacio a cualquier compartimentación: esta es la razón de su incomodidad por la “actitud sorprendentemente positiva” hacia Sidonio de Ermolao Barbaro, uno de los triunviros humanistas junto a Poliziano y Pico, a quien sin atisbo de duda considera “eminente ciceroniano”; la famosa carta de Pico a Barbaro no prioriza la filosofía sobre la retórica, sino que promueve la entrañable transparencia expresiva del conocimiento, el ser de la cosa es indisoluble de su figura: *Est enim a specie res id quod est*. Ítem más fiable hubiera sido basar el estudio de los intertextos de *Manto*, no remitiendo a la anticuada de Isidoro del Lungo de 1867 ni a la sintética de Charles Fantazzi de 2004 (102, n. 30), sino a la muy erudita edición crítica de las *Silvae* de Francesco Bausi (Florencia, Leo S. Olschki, 1996). Asimismo relevante de la difusión de Sidonio en la segunda mitad del Cuatrocientos es el carteo mantenido por Battista Mantovano y Pico della Mirandola a cuenta de sus préstamos librescos con Sidonio de protagonista (107-108), en lo que me complace abundar citando un par de documentadísimos artículos de Andrea Severi y corregir el error de la referencia dada a la edición de Ida Mastrorosa sobre la relación también epistolar del alumno de Filelfo Enoch d’Ascoli con Leon Battista Alberti<sup>5</sup>.

En fin, estas matizaciones que he creído oportuno añadir no buscan enmendar sino aderezar un consistente relato de influencias, extendido a otros autores cuatrocentistas, por caso Alfonso de la Torre de la *Visión delectable* (109-111), una enciclopedia de hacia 1440, a medio camino entre la “rígida estratificación del saber”<sup>6</sup> y un humanismo lin-

<sup>4</sup> Según defiende F. RICO, *El sueño del humanismo*, Barcelona, Destino, 2002, 196.

<sup>5</sup> A. SEVERI, “Il *Carmen de contemnenda morte* e i rapporti di Battista Spagnoli con Giovanni Pico della Mirandola”, *Interpres* 30 (2011) 189-250; ID., “Giovanni Pico della Mirandola per Battista Mantovano: tra prestito di libri, eloquentia e rapporto con le auctoritates”, *Interpres* 31 (2012-2013) 151-181. El artículo de I. Mastrorosa citado en 109, n. 53, debe remitir a *Albertiana* 5 (2002).

<sup>6</sup> RICO, *El sueño*, o. cit., 22.

güístico en ciernes: aquí el sentencioso “ca non sería bueno que el sciente e el idiota hobiesen manera común en la fabla”<sup>7</sup> adopta un marcado sesgo neoplatonizante, que también podemos leer en la misma carta de Pico a Barbaro —y aun en el prólogo de Nebrija a la *Thalichristia* de Gómez de Ciudad Real (1522)— defendiendo los enigmas y fábulas poéticas para alejar al ignorante del misterio poético: *Nec aliter quam prisci suis aenigmatis et fabularum involucris arcebant idiotas homines a mysteriis*<sup>8</sup>; la misma majestuosidad poética que según Nebrija mantuvo apartado al profano de los sagrados misterios: *ob poeticam maiestatem potuit idiotas homines arcere mysteriis*<sup>9</sup>.

El trabajo de recepción no olvida su designio originario de centrarse por entero en el significado cultural del comentario a Sidonio Apolinar del humanista boloñés Giovan Battista Pio (ca 1475-1540). A él se dedican los capítulos 5 y 6, sin duda los de mayor interés y sugerentes, el mejor colofón que puede esperar el estudioso del humanismo renacentista y boloñés en particular. Este fue discípulo de Filippo Beroaldo Senior y el coetáneo más joven de la generación del medio siglo integrada entre otros por Angelo Poliziano, Paolo Cortesi, Ermolao Barbaro, Giovanni Pico della Mirandola, Pomponio Leto, pero más cercano por edad —no por estética— a Giovan Francesco Pico y a Pietro Bembo, nacidos ya en los años 70. La decantación de Pio por la exquisitez estilística y conceptual tiene su origen en el contexto boloñés liderado por Beroaldo. A imitación de las *Annotationes centum* de su maestro (1488) escribe Pio sus *Annotationes priores* (1496), para dar muestras de su radicalidad lingüística y literaria en su precipitado y poco sistemático comentario a Sidonio (1498), en sus *Enarrationes allegoricae* de Fulgencio Planciades (1498) y en el *Plautus integer* (1500).

El capítulo 5 comprende, pues, la entera trayectoria intelectual de Pio, que se quiere al arrimo de su maestro Beroaldo. La sorpresa puede encontrarla el lector tanto en el cuerpo del texto como en las notas al pie, donde JHL rinde pruebas del magisterio be-roaldino (123, n. 15), aclarando el significado del término *acervus*, que había confundido a los comentaristas de Persio (6,80: *inventor, Chrysippe, tui finitor acervi*) y cuyo sentido de “montón de riquezas” se confirma según una comprensiva disposición autorial cuyos extremos clásico y postclásico encabezan la serie de usos, comenzando por Cicerón al que secunda Sidonio (*Carm.* 23,119: *Chrisippi potuisset ex acervo*), luego sancionado por los usos equivalentes de Marciano Capela y Horacio (dos ejemplos de Epístolas). Desde las juveniles *Annotationes* de 1496 Pio muestra las dos caras erudita y estilística acuñadas en idéntica moneda sidoniana (122-129), apreciada poco después en Milán en “las tres piedras angulares de su audaz programa filológico”: el Fulgencio y el Sidonio de 1498 y el Plauto de 1500, cuya trascendencia filológica la explica JHL desde la teoría de los polisistemas. Los humanistas gozaban entonces de una posición privilegiada, que los convertía

<sup>7</sup> A. DE LA TORRE, *Visión delectable de la filosofía y artes liberales*, ed. J. GARCÍA LÓPEZ, Salamanca, Universidad, 1991, 121; *apud* RICO, *El sueño*, o. cit., 22, de quien ya siento disentir al ver en esa expresión la “jerga especializada” de la escolástica.

<sup>8</sup> E. GARIN (ed.), *Prosatori latini del Quattrocento*, Milán, R. Ricciardi, 1952, 812.

<sup>9</sup> F. GONZÁLEZ VEGA (ed.), *Paginae Nebrissenses*, en *Gramática sobre la lengua castellana*, Barcelona, RAE, 2011, 338.

en instancias canonizadoras, capaces de transferir de la periferia al centro, y viceversa, lo que ellos determinaban como 'alta literatura'. Eso fue lo que llevó a Pio a canonizar una literatura anticlásica, la de Sidonio, hasta entonces en la periferia y de paso a canonizarse a sí mismo como comentarista del autor promovido. Esta imagen redentora o mesiánica de los textos la confirman bastantes de las *laudationes* compuestas en honor de Pio: *Quam pius est Baptista Pius, charissime lector* (129-135).

La forma y el sentido del comentario sidoniano de Pio se estudian en todas sus facetas. Empezando por "el proceder ecdótico" (137-142), que no depende de la colación de códices sino de "sus propias valoraciones estilísticas y exegéticas" (139). Es bien conocida la función que de la ecdótica tiene el humanismo renacentista: con la sola excepción de Poliziano, para quien la crítica del texto es un fin en sí mismo y atento siempre a la calidad y temporalidad de los manuscritos colacionados, el común de los humanistas entienden las *emendationes* como conjeturas al servicio de la exégesis, válidas en cuanto que allanan el sentido literal del texto. Sigue el análisis del "prólogo programático" (142-146) como principal paratexto y "la primacía de las glosas léxicas", que en bastantes ocasiones acogen "verdaderos *excursus* filológicos... capaces de abarcar todo el espectro semántico y pragmático de la palabra" (149-153). La tipología que ofrece JHL de las glosas de Battista Pio depende del grado de conocimientos en las lenguas griega y hebrea para aplicarlos a resolver "la adecuación estilística de la Vulgata confrontándola con el original bíblico" (155), sin temer enfrentarse a "espinosas cuestiones de carácter teológico o eclesiástico", como lo comentado a propósito de *protomysta* (157-158). En línea con su anticuarismo, bastantes comentarios comprenden temas diversos de historia y mitología (159-160), pero en este aspecto JHL se limita a una escueta localización. Es una lástima que todo el esfuerzo sobre la comentarística lo haya dedicado y esquematizado en tablas de mera contabilidad porcentual sobre el número de comentarios que contiene cada obra, todo para demostrar científicamente —¡qué error, qué horror!— el paulatino decrecimiento de las glosas "a partir del libro segundo de las epístolas" (162), o para sucumbir a la evidente tautología de afirmar que las piezas más glosadas "son aquellas que mayores posibilidades léxicas le brindan... cartas de contenido efrástico o descriptivo" (163-164). No obstante, gracias a su saber y método podría muy bien en trabajos futuros adentrarse por entre las múltiples digresiones y valorar las intertextualidades con otras enciclopedias y misceláneas de su tiempo, en particular con el comentarista que hizo de las digresiones *in Propertium* (1487), *in Suetonium* (1493) o *in Asinum Aureum* (1500) una "humanistische Existenz": su maestro Filippo Beroaldo il Vecchio (1453-1505). Una intertextualidad de la erudición, no reducida a innecesarios muestreos positivistas, sino entendida como 'alta literatura', atendiendo a la dimensión pragmática del comentario. Durante la primera modernidad la extensión de la imprenta y el acopio de conocimientos caminan de la mano. Este exceso de información impresa encuentra su más claro exponente en el comentario, cuya primordial mediación entre texto y lector permite a este hacer efectiva (*usus*) la comprensión (*cognitio*) de esos conocimientos adquiridos. Entre las caleidoscópicas funciones del comentario como instrumento formativo, enciclopédico y aun político y cohesionador social está la de 'autorizar' un texto convirtiéndolo en

‘canónico’, en integrante del canon de autores de su tiempo. En este “hormiguero de comentarios” (Montaigne *dixit*) y letra impresa los propios comentaristas terminarán por ejercer de autores. Y así asistiremos en el tránsito del siglo XV al XVI a las primeras colecciones independientes de anotaciones, misceláneas y otros ensayos académicos de los humanistas, cuya autoridad les viene precisamente de comentar a los autores clásicos. De los comentarios y misceláneas humanísticos deben importarnos aquellos elementos estilísticos o lingüísticos que transforman la glosa en digresión y la digresión en ensayo: el discurso misceláneo, heredero del excurso del comentario sistemático, estaría en el origen de las piezas ensayísticas, en su agrupación heterogénea, en la variedad y disparidad de los temas yuxtapuestos. La pregnancia narrativa de las citas ensambladas en la exégesis textual humanística nos permite arrimar estas enciclopedias, por su ponderada mezcla de erudición y estilo, a la literatura de pleno derecho, y anticipar en ellas las estrategias discursivas que confieren literariedad al moderno ensayo inaugurado en 1580 por el Señor de la Montaña y pocos años después por Francis Bacon.

A medida que Pio se adentra en el Quinientos sus iniciales propuestas estilísticas de refinado preciosismo parecen perder fuerza, para terminar cantando la palinodia ya desde las *Annotationes posteriores* de 1505 y mostrarse definitivamente atemperado en los *In Carum Lucretium poetam commentarii* (1511), los primeros que se le dedican al poeta epicúreo y gracias a los cuales ocupa Pio un sitio destacado en la historia del humanismo renacentista y aun de la filología. Este capítulo 6 y último lo destina JHL a trazar ese cambio de rumbo estético de transparencia expresiva y paganidad operado por Pio en los comienzos de un siglo XVI, que hacia los años 20 conocerá una verdadera eclosión de espiritualidad y conflictos religiosos (Erasmismo, Luteranismo, Políglota Complutense, Dieta de Worms y Saco de Roma). Los *pentimenti* de Pio no lo son tanto de ciertas interpretaciones, cuanto de un cambio en la orientación de las *Annotationes posteriores* de 1505, donde hace renuncia explícita de su anterior estilo hinchado y oscuro y afronta el propio del gramático bien consciente de los límites al servicio de su tiempo (188-189). Pero nada se nos dice ni explica por qué Pio decide redactar un comentario sistemático al epicúreo Lucrecio, de estilo ‘arcaizante’ como el Plauto completo de seis años atrás. Esta opción estilística no es de tenor muy ‘diferente’ de la sidoniana recién abandonada. La consciencia del cambio lingüístico —ya señalada a propósito de Poliziano— es lo determinante. Creo que aquí se resiente algo la sólida línea argumental de JHL, al entenderlo como derrota del sidonianismo de Pio y de la escuela boloñesa frente al ciceronianismo triunfante de la primera década. Esta reducción del humanismo a una pugna dialéctica entre sidonianos o apuleyanos frente a ciceronianos limita a mi juicio comprender una realidad querida desde el principio ecléctica y atemperada según pautas de *sapientia cum eloquentia*: pienso en el *Prudencio* comentado por Nebrija de 1512, bien al tanto nuestro humanista de sus *verba depravata, quod vitium non fuit hominis sed temporis*. Tal planteamiento antitético distorsiona la evolución que Pio opera desde Sidonio como catalizador del eclecticismo o de la imitación compuesta practicada por los mejores humanistas (léase Erasmo y su paródico *Ciceronianus* de 1528), y no es inteligente, insisto, cifrar en ello el fracaso del sueño del humanismo: la *communis opinio* asegura que el puro aliento

civilizador y transformador del humanismo empeñado en las letras antiguas continuó y triunfó sobre ese ciceronianismo miope con la generación de Erasmo, Budé y Vives, independientemente de su acerbo rechazo de la *prosa absurdissima* (212) de Sidonio Apolinar y Marciano Capela: el humanismo nunca estuvo solo en los extremos.

Felipe GONZÁLEZ VEGA  
Universidad del País Vasco  
(UPV/EHU)

António GUIMARÃES PINTO, *Apostilas a António Luís. 1: António Luís e João de Barros. 2: António Luís, António Pinheiro e Rodrigo Sánchez. Introdução, edição, tradução e comentário de textos de António Luís, Rodrigo Sánchez e João de Barros. Coordenação editorial e prefácio de António Manuel Lopes Andrade, Cátedra de Estudos Sefarditas “Alberto Benveniste” da Universidade de Lisboa-Centro de Línguas e Culturas da Universidade de Aveiro, Lisboa-Aveiro, 2013, 292 pp. ISBN 978-989-96236-4-4 | 978-972-789-399-7.*

António Guimarães Pinto ofrece en este trabajo una segunda aproximación a la obra del médico lisboeta António Luís<sup>1</sup> y quizá por esta razón lo titule *Apostilas* y apenas presente información sobre el médico en torno al que se articula el volumen. La información básica y mínima que el lector pudiera necesitar la va a encontrar en el “Prefacio” de António Manuel Lopes Andrade (11-14), que más tarde aparecerá discretamente mencionado como el padre intelectual de este volumen (26 y 66).

Las *Apostilas* a António Luís se presentan estructuradas en dos bloques: el primero de ellos es una introducción sin bibliografía, a su vez dividida en cuatro partes; el segundo está integrado por la edición y traducción sucesiva —incluso las notas presentan numeración correlativa— de siete textos latinos de diversa extensión (seis de ellos de António Luís y otro de Rodrigo Sánchez), acompañados de la transcripción y discreta anotación de un texto en lengua portuguesa, obra del humanista João de Barros. Una notable variedad de textos y temas a los que quiere conferir unidad —entendemos— la vinculación, de una u otra forma, con la figura de António Luís.

Guimarães Pinto (“explicação e plano”, punto inicial de su introducción) se limita a decirnos que António Luís es un autor de estilo barroco, desconcertante y algo liado, condición que ha dificultado estudios previos. Para remediar esta situación emprende este trabajo: “Foi pois como uma reacção contra a inércia do seguidismo acrítico, do cediço e cómodo lugar comum e do intelectualmente ‘correcto’ (ou seja, o conforme com as definições talhadas para situações histórico-culturais não-nacionais) de que têm enfermado alguns dos mais influentes historiadores da cultura portuguesa do século XVI

<sup>1</sup> Cf. A. Luís, *Cinco livros de Problemas*, trad. port. A. Guimarães Pinto, Lisboa, Centro de Filosofia da Universidade de Lisboa, 2010.

que nos afoitámos à empresa, por vezes dolorosa, de verter António Luís para o nosso idioma” (17-18). Compartimos plenamente y con conocimiento de causa la idea de la dificultad de ese latín de António Luís y consideramos que, por esa misma razón, merece la pena el esfuerzo de Guimarães por verterlo a la lengua portuguesa.

Con todo, no parece que cumpla con el objetivo de aquilatar el valor intrínseco de António Luís en el cuadro del humanismo portugués, ni de aclarar las relaciones literarias con los tres hombres de su entorno intelectual que figuran en la portada del volumen. Todo apunta a que utiliza a António Luís como eje vertebrador para así publicar y traducir<sup>2</sup>:

- a. Lo que queda de una carta de Rodrigo Sánchez a António Luís, respuesta a una previa del médico hoy perdida.
- b. Cinco textos de António Luís dedicados a João de Barros<sup>3</sup>:
  - b.1 *de pudore libellus*<sup>4</sup>.
  - b.2 Carta dedicatoria del *Enchiridion* (1537).
  - b.3 Carta dedicatoria del libro *De re medica opera* (1540).
  - b.4 Prefacio de la traducción del griego al latín de dos *Comentarios a Isaías* de San Cirilo de Alejandría.
- c. Prefacio al lector de los cinco libro del *De occultis proprietatibus*. No dirigido a ninguno de los autores que con António Luís comparten portada en este libro<sup>5</sup>.
- d. Dedicatoria de António Luís a António Pinheiro de la traducción (del griego al latín) de unas declamaciones de Libanio.
- e. El *Diálogo da viciosa vergonha* de João de Barros, tarea más propia de un estudio de filología y literatura portuguesa<sup>6</sup>. Este texto —como los demás— recibe atención en dos partes de la introducción (2.A “Descrição externa dos textos” y 2.B “Síntese de conteúdos”) y es al que Guimarães Pinto dedica una más amplia presentación (28-29 y 48-59).

<sup>2</sup> La clasificación y ordenación de los textos en su presentación correlativa difiere de la estructuración y planteamiento ofrecido en la parte introductoria.

<sup>3</sup> Así dice Guimarães (18); entendemos que podrían considerarse cinco textos si separamos el cuerpo del *De pudore* de su pequeña dedicatoria.

<sup>4</sup> Para este texto coteja las dos ediciones conocidas: una integrada en el *Enchiridion* de 1537 y otra asociada al libro *De occultis proprietatibus* de 1540 (marca en su edición las diferencias entre ambas versiones); en la traducción portuguesa recoge los pasos que en el texto de 1540 se suprimen respecto de la versión de 1537.

<sup>5</sup> Su presencia aquí solo puede explicarse por el hecho de que junto a este texto (Lisboa 1540) se publica lo que podemos considerar segunda edición del *De pudore*, en este momento considerado *liber* y no *libellus* como en su primera versión de 1537.

<sup>6</sup> Como las notas 387 y 407 sobre una construcción del verbo “llevar” sin complemento directo.



La razón de la inclusión de esta obra portuguesa<sup>7</sup> parece estribar en su dependencia —siempre se ha presentado así— respecto del *De pudore libellus* del médico lisboeta, idea que en cierta medida —suponemos— Guimarães Pinto comparte, pues promete (18) que se verá más adelante esa relación. Las no muchas notas (notas 368-407) que acompañan a esta transcripción del texto de Barros (249-292) no hacen ver la relación con el *De pudore* de António Luís<sup>8</sup> que previamente Guimarães Pinto ha traducido. A lo sumo se señalan las fuentes<sup>9</sup> —en gran parte bíblicas—, con las que vincular las citas y referencias que jalonan el texto de Barros, a veces mediante acotaciones al texto, otras en nota<sup>10</sup>. Entre esas fuentes, en las notas 396-399 y 401-403, se remite al *De vitioso pudore* de Plutarco que parece, junto a los *Apothegmata* y *Adagia* de Erasmo y algunos textos clásicos y bíblicos, la única referencia destacada que comparten los dos autores portugueses. Guimarães no marca la dependencia con la obra de António Luís.

La presentación de estos ocho textos tan dispares se distribuye en dos de las secciones que conforman la Introducción: “2.A Descrição externa dos textos” —subdivida en seis bloques (18-29)— y “2.B Síntese de conteúdos” —con ocho apartados, uno para cada texto (29-59)—.

En la descripción externa da información sobre los ejemplares, manuscritos o impresos, de los que proceden los textos aquí editados. Unas veces ofrece la datación (caso del texto dedicado a António Pinheiro), otras no (caso del manuscrito con la carta de Rodrigo Sánchez). En ocasiones la descripción de los ejemplares de los que toma los textos no es del todo completa; por ejemplo, el volumen *De re medica* —cuya dedicatoria a Barros se integra en el libro que reseñamos—, tiene un contenido más amplio que lo que se consigna en la portada del impreso de 1540 y más preciso que lo resumido en el colofón de ese mismo impreso, textos que Guimarães aduce en su exposición, pero no completa con lo que se desprende del cotejo del ejemplar. Acaso Guimarães lo suponga conocido

<sup>7</sup> Traza Guimarães Pinto (28-29) una pequeña historia editorial de la obra, que se inicia en Lisboa 1540 (*Olyssipone, apud Lodouicum Rotorigium Typographum*), edición en la que se basan tanto este trabajo de Guimarães como la previa edición facsimilar con transcripción de 1971 (*Gramática da Língua Portuguesa. Cartinha, Gramática, Diálogo em Louvor da nossa linguagem e Diálogo da viciosa vergonha* [Reprodução facsimilada, leitura, introdução e anotações por Maria Leonor Carvalhão Buescu], Lisboa, Publicações da Faculdade de Letras da Universidade de Lisboa); la transcripción anotada del *Diálogo da viciosa vergonha* ocupa las páginas 412-470 de este ejemplar, que previamente (176-235) ha reproducido la edición de 1540). Entre la *princeps* y estas últimas cita la de José da Silva Nazareth de 1789.

<sup>8</sup> De hecho, en las notas que acompañan a la obra de Barros la única referencia a António Luís (n. 383) viene a propósito de la explicación de una costumbre de los egipcios que también menciona el médico en su *Libro de los problemas* (21v), cuya fuente común está en Plinio (*Nat.* 8,80).

<sup>9</sup> Los textos clásicos no siempre se ajustan a las convenciones habituales de cita y así, como un ejemplo entre muchos, encontramos en el caso de Cicerón: “Lib. 1.2 de offi” (251) o “Tul de offi 1.6” (258); de Aristóteles los “*Rhetoricorum* Lib. 2. 1138b” (251) o bien “Arist Topic 2.21” (252) o “Ethic Lib 4.9. 1128b” (255) y “Arist Ethic Lib 2.5. 1106a” (259), o un “Virg in 4.27” sin especificar que se trata de la *Eneida*.

<sup>10</sup> Tampoco hay ninguna razón concreta para elegir una u otra notación; así en 253, tras una mención a Aristóteles, señala en n. 369: “*Retórica, livro 2º, 1384a*”, mientras que en 254 se añade directamente al texto (“*Arist Ethic lib 4.9.1128b*”); otro tanto y en las mismas páginas sucede con dos referencias a Platón.

por el lector, como conocido —entendemos— supone sin más precisión a Barbosa Machado, “operoso (e quantas vezes caluniado) investigador setecentista” (24), al que elogia pero no cita<sup>11</sup> cuando introduce en esta parte la traducción —obra de António Luís— del *Comentario a Isaías* de San Cirilo<sup>12</sup>; describe los avatares del manuscrito de António Luís, pero hemos de esperar al apartado 2.B (41) para saber que el ejemplar griego del que parte la traducción de Luís era propiedad de Barros.

A la hora de describir los contenidos (apartado 2.B de la Introducción) de los textos latinos y portugués que presenta, ocasionalmente ofrece información sobre la condición social y la labor intelectual de Rodrigo Sánchez<sup>13</sup> (y data aquí y no en el apartado anterior el manuscrito del que toma la carta; también data la traducción del comentario a Isaías) o de Antonio Pinheiro, capellán y predicador del rey, Obispo de Lisboa desde 1564 y también en cierto modo (como se aclara en 45-47) cronista del rey. António Luís lo elogia en el prefacio a la traducción de Libanio (algo sin duda asociado a los tópicos del género).

António Pinheiro y João de Barros, alto funcionario e historiador, parecen destinatarios de los textos como pago a una mediación ante el rey u otras instancias o a algún favor personal al médico lisboeta que no se aclara (para explicarlo conviene que recuerde que son muchas las lagunas en nuestro actual conocimiento de la biografía de António Luís). Si poco se nos dice de Pinheiro, poco se nos dice (¿ha de conocerlo el lector?) de João de Barros, erasmista y destacado humanista portugués y figura a la que António Luís dedica el mayor número de los textos aquí recogidos, lo que parecería indicio de un vínculo especial entre ambos. Partiendo de los textos nos hacer saber Guimarães que es António Luís quien desea conocer a Barros, algo que logra cuando llega a ser maestro del hijo (o hijos) del cortesano (véase la página 31, en la presentación del contenido del prefacio al *Enchiridion* de 1537). Muestra António Luís la admiración por los intereses culturales (en una exaltación que casi roza el servilismo<sup>14</sup> [43]) y amplios conocimientos del destinatario de su dedicatoria (lo considera único destinatario posible de su traducción de los *Comentarios a Isaías* de San Cirilo, pues posee un manuscrito de la obra [41]), además de por sus cargos públicos. De forma dispersa, en la exposición del contenido del *De pudore*, siguiendo las palabras de António Luís, Guimarães presenta de soslayo alguna de las causas del éxito y admiración que merece en su tiempo João de Barros y lo vuelve a repetir en la presentación del contenido de la dedicatoria del *De re medica* (40).

<sup>11</sup> Se refiere, entendemos, a la *Bibliotheca Lusitana, Histórica, Crítica e Cronológica*, Lisboa 1746 (vol. 1). Guimarães lo elogia, pues los datos modernos vienen a confirmar las afirmaciones del erudito del XVIII.

<sup>12</sup> Solo cuenta este texto griego con la edición de J. Aubert (PG 70.9-1450). António Luís no traduce todos los comentarios de san Cirilo, sino los 11 sermones (*orationes* o *tomi* en la versión latina) que conforman los dos últimos libros, como acota Guimarães (26-27).

<sup>13</sup> Capellán de la reina D<sup>a</sup> Catalina, esposa de João III, y después maestro de latinidad de la infanta D<sup>a</sup> María.

<sup>14</sup> “Os termos com que se exprime, se não roçam a bajulação servil, guidam-se pelo menos a certo descomedimento infrene pouco congruente com a compostura de um intelectual de formação clássica” (43).

Entremezcladas con este tipo de información que se desprende de los textos (cuyo contenido quiere presentar), ocasionalmente va desgranando Guimarães las posibles razones que motivan estos escritos y que al tiempo dan cuenta de la fama o del cierto reconocimiento que en su momento tuvo António Luís, especialmente gracias a su latín, su griego<sup>15</sup> y su amplia erudición (30). También va diseminando información sobre algunos rasgos de la personalidad de António Luís o de su estilo: por ejemplo, que los temas de la ética le son especialmente queridos (35) o que valora la gloria inmortal que puede alcanzar con las letras (33). En la presentación del *Enchiridion* de 1537 (el primer texto publicado por António Luís, aclaramos) destaca Guimarães una de las principales características de sus escritos: “a necessidade frenética de como que estontear o leitor, pondo-lhe por diante uma sucessão ininterrupta de alusões e referências real ou pretensamente eruditas, surgidas as mais das vezes pelo processo psicológico da contiguidade ou associação de ideias, e não propriamente resultantes das necessidades intrínsecas do tema abordado” (33-34). También alude a otro de los “cacoetes” literarios de António Luís: el gusto por dar a entender un conocimiento profundo y directo de la lengua griega (34 y 42), para continuar con otros rasgos interesantes: no es ajeno al manejo de fuentes indirectas (36), y adopta cierta sinceridad de carácter que le lleva a abordar las cualidades intrínsecas de la raza hebrea (36), para luego destacar su altanero desinterés por la opinión de otros (38); algo que Guimarães va a definir después como un perfil literario y psicológico singular (40).

La Introducción prosigue con una tercera parte (“3.A sombra de Erasmo” [59-65]) dedicada a la figura de Erasmo, en la medida que es el factor de unión de los dos autores (por fin se reconoce) “de que sobretudo nos ocupamos neste ensaio” (59): António Luís, porque critica la labor como helenista del holandés, según el trabajo de Costa Ramalho<sup>16</sup>; y João de Barros como autor de lo que considera la más genuina expresión del erasmismo portugués con su libro *Ropicapnefma*. Y esto con el fin de confirmar “o quanto a presença de Erasmo se impunha de modo quasi incontornável na atmosfera cultural que os literatos de primeira parte do século XVI respiravam, independentemente das opções ideológicas que os norteavam” (60). Pero ello se limita, *de facto*, a ver la presencia inspiradora de Erasmo en el diálogo *Da viciosa vergonha* de João de Barros, si bien no se puede asociar a ninguna lectura concreta (60-62). Basándose en la bibliografía al uso apunta Guimarães a que Barros sigue la versión erasmiana del texto de Plutarco sobre la vergüenza (para otros temas también parece usar versiones de Erasmo [61]) y a que muchos

<sup>15</sup> Apunta la posibilidad del conocimiento del hebreo (41), por las notas dispersas sobre esa lengua que hay en su obra y por la enseñanza recibida de su padre. Este dato deriva del conocimiento de la biografía de António Luís del que Guimarães priva aquí al lector, pero del que informa Andrade al mencionar su condición de cristiano nuevo.

<sup>16</sup> “António Luís, corrector de Erasmo”, en *Para a História do Humanismo em Portugal*, vol. 3, Lisboa, INCM, 1998, pp. 81-90. Guimarães no cita la publicación previa de este trabajo en *Humanitas* 45 (1993) 242-254. Lo mismo ocurre con “João de Barros e Erasmo: a propósito da *Viciosa Vergonha*”, *Humanitas* 37-38 (1986) 275-283, pues prefiere citar la versión de *Para a História do Humanismo em Portugal*, vol. 1, Lisboa, INCM, 1988, pp. 198-203.

elementos de la erudición de Barros derivan de los *Adagia* del holandés (61) y de los *Apothegmata* (62), como se anota en la transcripción del texto portugués.

La parte dedicada a “3.2 Erasmo em António Luís” (62-65) también se centra en mostrar las deudas del médico lisboeta con los repertorios erasmianos ya citados, algunas muy evidentes y otras más discretas y complejas (por eso las consideramos una de las aportaciones más valiosas de este trabajo), como son los ecos del prefacio de Erasmo a sus propias traducciones de Libanio, que se pueden detectar tanto en *De pudore* como en la carta a Pinheiro con que le dedica António Luís sus versiones de Libanio.

Lo más destacado de este trabajo, a nuestro juicio, consiste en la transcripción y traducción de una serie de textos de António Luís que permanecen manuscritos y, junto a ello, la labor de transcripción (con actualizaciones ortográficas) y traducción del latín de textos impresos de António Luís; labor, sin duda, compleja y digna de destacarse, pero a la que, nos tememos, no le faltan unos peros. Por ejemplo, facilitaría mucho el manejo del volumen si los párrafos latinos (con su traducción) de António Luís que va utilizando Guimarães en la parte introductoria remitieran, además de a los folios del volumen impreso o manuscrito del que procede la transcripción, a las páginas de su propia edición (lo mismo puede decirse con las citas del diálogo de João de Barros).

Si nada podemos decir de las ediciones de textos manuscritos, pues no es posible el cotejo, sí que echamos de menos una revisión del texto latino derivado de los impresos. Nos ha llamado poderosamente la atención la omisión, no esporádica, de palabras latinas en la transcripción que sí se han tenido en cuenta en la traducción. De este proceder ponemos un único ejemplo correspondiente al inicio del folio E8 (esto es, páginas 84 y 86 de la edición de Guimarães, con su correspondiente traducción en 85 y 87) de la dedicatoria a Barros del *Enchiridion* de 1537, e incluimos las palabras latinas que se omiten en la transcripción y subrayamos, si es posible, las que “se añaden” en la traducción, con lo que al tiempo proponemos un ejemplo de la peculiar forma de escribir de António Luís, que hace que apreciemos mucho más la propuesta de traducción:

Lycurgum uero qui leges Lacedaemoni tradidit, summa prudentia et auctoritate laudabant scriptores, quia <is> ex munitissimis uilissimisque sacrificia [E8] rebus diis fieri instituerit, quo semper, ex iis que adessent, deos parce quantumcumque et frugaliter colere possent <nec> ullus, qui pauperie pressus esset, sacris arceretur. Hebraeus <uero> legislator, cum <pro> mundatione a partu et carnis expurgatione mulieribus iussisset, ut uilulum arietemque anniculum in holocaustum et <per> delicto ad sacerdotem deferrent, subiungit ....

Os escritores louuavan a extrema prudência e sensatez de Licurgo, que deu as leis aos Lacedemónios, por ter estabelecido que se fizessem sacrificios aos deuses com as coisas mais acessíveis e vulgares [E8] para que, com aquilo que tivessem à mão, pudessem cultivar sempre quanto possível os deuses com parcimónia e comedimento, E NÃO houvesse alguém que, por se encontrar oprimido pela pobreza, se visse afastado das cerimónias do culto. O legislador hebreo, depois de ter imposto às mulheres, PARA se purificarem do parto e expurgarem a carne, que levassem ao sacerdote, para o holocausto e COMO PREÇO pelo pecado, um novilho e um cordeiro de um ano, acrescentou logo a seguir que ...

Desigual en su desarrollo y presentación de contenidos, este libro permite acceder a unos textos latinos (especialmente los transcritos de manuscritos, pues los impresos son fácilmente asequibles en formato digital) de un autor interesante y no bien conocido que posee un estilo complejo e intrincado, lo que hace más meritoria aún su traducción.

M<sup>a</sup> Jesús PÉREZ IBÁÑEZ  
Universidad de Valladolid

Jesús PONCE CÁRDENAS, *La imitación áurea (Cervantes, Quevedo, Góngora)*, París, Éditions Hispaniques, 2016, 283 pp. ISBN 978-2-85355-083-3

La imitación poética en la literatura de la primera edad moderna ha sido objeto de valiosos ensayos en los últimos treinta años. Basta recordar los nombres de Thomas Greene, Daniel Javitch o Nicola Guardini para convocar una literatura crítica que ha teorizado con éxito las modalidades de la imitación observadas en los textos neo-latinos y vernáculos de la época, dando sentido interpretativo a esta práctica. Por otra parte, son comunes y numerosos los estudios que hoy en día toman en cuenta la imitación para entender y explicar la práctica poética, indagando a veces en las pruebas materiales que la sustentan, como el contenido de las bibliotecas de los poetas, los apuntes personales que pudieron dejar en los volúmenes que manejaron o sus borradores. Sin embargo, en el ámbito español, hasta ahora carecíamos de una monografía visible y de fácil acceso donde se estudiara la imitación desde el punto de vista de la imitación poética, en la que se movilizara un sólido marco teórico y conceptual sustentado en la retórica antigua; un ensayo en el que se prestara además la debida atención a las pruebas materiales, sin que la construcción teórica nunca lleve a perder de vista el estudio de los mismos textos poéticos. Esta monografía acaba de ser publicada a principio del 2016 por Jesús Ponce Cárdenas. Bajo el sencillo título de *La imitación áurea (Cervantes, Quevedo, Góngora)* yace una enciclopedia práctica de la imitación en la España de los siglos XVI y XVII.

La reflexión propuesta por Ponce Cárdenas se desarrolla en dos partes. La primera, “La imitación poética: teoría, dintornos, conceptos” (15-140), traza un panorama del marco, de los conceptos y de las herramientas imitativas manejadas por los poetas españoles en la primera edad moderna. Al cruzar los grandes textos teóricos sobre la cuestión —citados en abundancia (aunque no sistemáticamente traducidos) y contextualizados de forma sintética— con una mirada de ejemplos inéditos, sacados de obras a las que siempre se dedicó menor importancia en este proceso, Jesús Ponce Cárdenas nos da una visión inusualmente completa de la imitación poética. Estas páginas constituyen, por tanto, una doble aportación. A nivel general, demuestran la fecundidad de la noción de imitación múltiple —la imitación que se nutre de una variedad a veces muy grande de modelos— para entender la fábrica del texto poético en el Renacimiento y en el Barroco. Además, todos los ejemplos aducidos son hallazgos críticos que servirán para el análisis concreto de numerosos autores —aunque, al respecto, solo podemos lamentar la

ausencia de un índice que se antoja imprescindible cuando se trata de orientarse en el volumen—.

La segunda parte (“Tres poetas del Siglo de Oro ante la imitación” [141-255]) ofrece al lector estudios de casos en poemas hasta ahora poco estudiados de los tres maestros convocados en la portada. Es de destacar el interés prestado a la llamada poesía de circunstancia y a su imprescindible contextualización histórica en estos tres ensayos. Allí también encontramos imprescindibles páginas consagradas a la recepción de Claudiano y de Horacio, la fortuna de los géneros menores de la lírica latina y unas interpretaciones muy novedosas sobre los poemas estudiados. Sobre todo, resulta utilísima la precisión con la que Jesús Ponce Cárdenas distingue entre dos grados de la imitación en el texto poético: por un lado, la imitación de un modelo concreto e identificable; por el otro, la recurrencia —mucho más desatendida— de algunas fórmulas o *iuncturae*, características de la imitación en un género dado más allá de un modelo concreto y que forman parte del patrimonio poético que los autores tenían a mano o en mente.

La monografía nos introduce, en definitiva, dentro de los movimientos profundos y múltiples que permiten entender la práctica de la poesía durante los siglos clásicos. Por su claridad, su valor sintético, sus calidades didácticas y la pertinencia de su bibliografía, este libro se dirige tanto a especialistas como a lectores curiosos de abordar la poesía áurea desde el punto de vista de sus textos y de sus prácticas.

Los pasos seguidos por la demostración de Ponce Cárdenas son merecedores de una restitución más detallada.

## I

1. Este recorrido a través de la imitación áurea se abre con el debate fundador entre partidarios del sincretismo frente a los del monismo. Es decir, entre defensores de una imitación ecléctica, múltiple, capaz de combinar varios modelos dignos de admiración y los de una imitación pura, simple, limitada a un único modelo (17-34). Conocida como la “querrela ciceroniana” —Cicerón era el único autor al que, según los monistas, se debía imitar— la discusión atravesó toda Europa, empezando por Italia<sup>1</sup>, para después repercutir en Holanda y Francia<sup>2</sup>. En España, en torno a 1580, las *Anotaciones a la poesía de Garcilaso* de Fernando de Herrera defendían la imitación múltiple que, de hecho, se revela dominante en la poesía contemporánea y posterior.

2. Siguiendo en la órbita de la teoría, los símiles empleados para designar y describir la imitación demuestran que se concebía como una acción múltiple. Seguimos la hue-

<sup>1</sup> Se nos ofrece una síntesis de sus tres etapas: a finales del siglo XV, el intercambio epistolar entre Paolo Cortese y Angelo Poliziano; a principios del XVI, entre Gianfrancesco Pico della Mirandola y Pietro Bembo; dos decenios más tarde, entre Celio Calcagnini y Giambattista Giraldi Cinzio.

<sup>2</sup> Erasmo y su denuncia de la “secta ciceroniana”, en particular de la imitación pagana en la épica cristiana como fue el caso en el *De partu virginis* de Sannazaro. Entre los detractores de Erasmo se contaron Giulio Cesare Scaligero y Étienne Dolet.

lla de estas comparaciones clásicas —las abejas fabricando la miel a partir de distintas flores, la semejanza del hijo al padre o las diversas voces uniéndose con armonía en el coro (que encontramos bajo la pluma de Séneca), la digestión (innovación de Macrobio) o la imagen de la seda producida por los gusanos (en Petrarca)— hasta que se tornaron corrientes en la España moderna, lo que nos permite leer una interesante selección de fragmentos poéticos y paratextos (35-52). Todos apuntan a la misma idea: es a través de la fusión de materiales diversos como el poeta puede lograr un estilo propio.

3. Queda por establecer cómo procedían los poetas para asimilar tal variedad de modelos. Bajo el epígrafe “*lector, excerptor, poeta*” (53-63), Ponce Cárdenas describe las tres etapas de esta formación proporcionando varios ejemplos de *codices excerptorii* o cartapacios donde los poetas extraían, clasificaban y memorizaban los lugares, las figuras y los argumentos que deseaban añadir a su diccionario personal. Conservamos testimonios de estas prácticas en los casos de Fernando de Herrera y de Francisco de Quevedo, a cuyas prácticas como lectores eruditos se han dedicado importantes estudios en los últimos años.

4. Este proceso imitativo se daba tanto en español como en latín, en virtud de la “diglosia poética” (65) que dominó en España hasta el siglo XVII, en ámbitos tan variados como las instituciones eclesiásticas, las universidades o las cortes. Si bien el libro entero lo demuestra, por aducir a la par fuentes latinas y vernáculas, Jesús Ponce Cárdenas dedica apartados específicos a la obra bilingüe de poetas que la crítica actual tiende a restringir a su producción vernácula, como Garcilaso de la Vega, Mateo Alemán o el mismo Lope (65-73), y otro al “canon oculto” (85), que constituyen los modelos neo-latinos tanto italianos como españoles (75-85)<sup>3</sup>. En este sentido, el libro demuestra que la poesía de los siglos XVI y XVII en España fue “el fruto de una relación a cuatro bandas, donde confluyen los senderos de la poesía clásica greco-latina, la literatura neo-latina, la moderna lírica italiana y la propia tradición hispánica” (248).

5-6. Así, la *Carta de Francisco de Figueroa a un amigo* señala a los poetas que acotan “a cada paso / con el Dante y el Bembo y el Tansillo, / con Petrarca y Horacio y Garcilaso”. Es más, si creemos al mismo Fernando de Herrera, el proceso imitativo solo se cumplía en profundidad “en seguimiento de los mejores antiguos y juntando en una mezcla a éstos con los italianos” (93, sección “Modernos y antiguos: de lo lícito a lo recomendable” [87-95]).

7. La formación del poeta mediante la imitación se determinaba también en función del género: para cada uno, se solía proponer un autor antiguo como modelo preponderante<sup>4</sup>. Así, en la poesía de Garcilaso, Petrarca es modelo para los sonetos, Horacio para la oda y la epístola, Virgilio y Sannazaro para la égloga, Ariosto para el *carmen heroicum*. Ponce Cárdenas plantea al respecto dos propuestas: una consiste en un cuadro de

<sup>3</sup> Se rastrea la fortuna en España del napolitano Girolamo Angeriano y del valenciano Jaime Juan Falcó.

<sup>4</sup> Véanse las páginas 98-99, una interesantísima situación de la noción de género a partir del estudio de Claudio Guillén, “Los géneros: genealogía”, *Entre lo uno y lo diverso. Introducción a la literatura comparada (ayer y hoy)*, Barcelona, Tusquets, 2005, 137-171.

clasificación de los géneros poéticos<sup>5</sup>; otra en la necesidad subrayada de tomar en cuenta la imitación a la hora de plantear una valoración histórica de la trayectoria de los géneros (97-103).

8. De la imitación a la traducción de una lengua a otra solo hay un paso que a veces reconocen los mismos imitadores (105-119). Juan de la Cueva, en el *Ejemplar poético*, llegó incluso a teorizar la diferencia entre la ‘imitación’, el ‘hurto’ y la ‘traducción’. Son apasionantes las páginas en las que Ponce Cárdenas ejemplifica en la teoría italiana y española las estrategias de ocultamiento de la imitación que permitían, de modo paradójico para el ojo moderno, evitar traducir *ad verbum* o dejar ver el ‘hurto’ de la imitación. La labilidad de estos conceptos, muchas veces utilizados de manera polémica para despreciar al émulo, es patente en la serie de ejemplos aquí desarrollada. Cabe destacar, entre ellos, el caso de los madrigales publicados por Pedro Soto de Rojas en el *Desengaño de amor en rimas*: el autor muestra aquí que son en realidad una traducción amplificada de madrigales italianos publicados en las *Rime* de Battista Guarini, y que no despertaron en la época la menor sospecha de plagio (115-119).

9. Para el investigador actual, el género de los comentarios eruditos cuenta entre las fuentes más valiosas, tanto por las preciosas informaciones que revelan cuanto por la representación que conllevan del proceso imitativo (121-135). Si el desvelar las fuentes de los poetas pudo parecer irrespetuoso a ojos de algunos lectores que lo veían como una exposición de los hurtos del poeta —véanse las críticas al comentario de Garcilaso por el Brocense—, en los comentarios se afirma un interés evidente por el “fundamento histórico, filológico y filosófico de la poesía”<sup>6</sup>, que nos permite acceder a una lectura histórica de la poesía áurea. Abrigaron también debates como el que opone el arte del poeta, basado en la imitación de los maestros que le precedieron, a su genio natural —por ejemplo, en torno a la nueva poesía de Luis de Góngora—. Los comentarios dedicados a su obra —presentados aquí de forma sintética (130-135)— son sin duda unos de los documentos más significativos de esta práctica<sup>7</sup>.

10. Este panorama concluye enumerando algunas de las precauciones que el crítico ha de tomar a la hora de relacionar dos textos por medio de la imitación: la posibilidad de la poligénesis (es decir, que dos poetas hayan llegado a una creación parecida mediante procesos independientes), la existencia de una fuente común desconocida, los peligros que acarrea el procurar restituir la intención del poeta en su gesto imitativo o el

<sup>5</sup> La épica se subdivide en seis especies: mitológica, histórica, sacra, panegírica, descriptiva y el epilio. La lírica muestra por su parte siete subdivisiones: amorosa (donde encontramos las formas italianas del soneto, de la canción, el madrigal, la sextina y la estancia), sálmica, estoico-moral (con la oda y la epístola), epigramática, jocosa (con la sátira y la poesía festiva), laudatoria (con los múltiples casos de los *genethliáco*, epitalamio, *kateunastikòs lógos*, epicedio, epitafio, epinicio, *propempticon*, *basilikòs lógos*, *epibaterio*), bucólica (con la égloga).

<sup>6</sup> M. Blanco, “La polémica en torno a Góngora (1613-1670)”, *Mélanges de la Casa de Velázquez* 42.1 (2012) 49-70.

<sup>7</sup> Serán editados en el marco de la edición digital llevada a cabo en el Labex OBVIL, bajo la dirección de Mercedes Blanco (<<http://obvil.paris-sorbonne.fr/corpus/gongora/>>).



anacronismo que consiste en aplicar a la imitación juicios de valores condicionados por los cánones elaborados *a posteriori* (137-140).

## II

Este panorama de la imitación desde el punto de vista de la práctica fundamenta una lectura de los textos capaz de renovar, en muchos aspectos, su análisis crítico. Jesús Ponce Cárdenas lo demuestra en la segunda parte del libro. A partir de tres casos concretos, desvela los mecanismos que presidieron la historia de la imitación entre Italia y España y, por lo tanto, entre sus respectivos lenguajes poéticos.

1. Dos sonetos de Miguel de Cervantes (“Almas dichosas que del mortal velo” y “De entre esta tierra estéril, derribada”) permiten interrogar la escritura cervantina desde el triple enfoque de la literatura de circunstancia, de la imitación de modelos italianos y de las *iuncturæ* o fórmulas tomadas de un patrimonio poético más amplio (143-174). La pérdida de la Goleta, en 1574, motivó una amplia producción histórica y literaria (aquí puntualmente reseñada [146-150]) en la que se inscriben estos sonetos tal vez redactados durante el cautiverio argelino del poeta. Tanto el tema elegido como las circunstancias de la redacción pudieron influir en el género híbrido escogido por Cervantes para sus sonetos. Aunque no compartan los lugares comunes que determinan la “poética del epitafio”, sí coinciden con la variante del “epitafio heroico” definido por Tomás Correia, el del “elogio a los caídos por la patria” (154), del que se conserva una tradición ancestral desde los epigramas de Simónides de Ceos a las batallas de Eurimedón y Platea. La alabanza a los militares sacrificados por la grandeza colectiva permite, en una suerte de “ingeniosa transposición”, invertir la derrota en una celebración heroica.

Entre todos los de esta tradición, destacan tres sonetos italianos de Luigi Tansillo, gran poeta petrarquista a la par que militar, dedicados a la pérdida de Castelnuovo en 1539 (“Questi, che'l mondo in riverenza tene”, “Non perché il vento volva e l'aere bagne” y “Mentre questi sassori orridi monti”). El cotejo de los poemas de Tansillo con los de Cervantes permite apreciar varias coincidencias sintácticas, semánticas y sonoras que demuestran el peso del modelo y de la imitación en la génesis de los sonetos españoles. Sin embargo, esta reflexión sobre la imitación quedaría muy disminuida si nos limitáramos a tomar en cuenta la transmisión directa de este motivo del epitafio heroico de Tansillo a Cervantes. Otra aportación del autor consiste en haber rastreado su fortuna en poetas anteriores a Cervantes. La comparación con los sonetos fúnebres de Gutierre de Cetina (“Héroes gloriosos, pues el cielo” y “Ni la alta pira que de César cierra”) y de Fernando de Herrera (“Esta desnuda playa, esta llanura” y “Bárbara tierra, qu'en tu frío seno”), sobre el mismo asunto de Castelnuovo, confirman la amplia recepción de los sonetos de Tansillo en España y permiten valorar la mayor proximidad de Cervantes con el modelo italiano.

Por otro lado, el autor no se limita en su análisis a la mera identificación de una fuente italiana bien conocida en la España del Quinientos para explicar la génesis imitativa de los sonetos de Cervantes. Demuestra también, con erudición y rigor, que estos

epitafios heroicos utilizan un idiolecto imitado de un código poético que se remonta a la poesía latina. Expresiones como “el mortal velo”, las “almas libres y exentas” o “arder en ira” formaban parte de un patrimonio poético forjado a base de imitaciones sucesivas, sobre el que se construye la originalidad de los sonetos de Cervantes.

2. El segundo ensayo demuestra con maestría cómo Quevedo, imitando a Claudiano, reinventó un idioma poético propio y creativo para la poesía de circunstancia (175-205). Es también una suma iluminadora sobre temas tan distintos e imprescindibles como la poesía cortesana en el contexto de la Valladolid del duque de Lerma, la descripción geológica del “cristal de roca” en aquella época y la recepción de Claudiano en España. Bajo la pluma de Ponce Cárdenas, estos temas aparentemente dispares demuestran su íntima ligazón.

La fama del soneto “A la custodia de cristal que dio el duque de Lerma a San Pablo de Valladolid, para el Santísimo Sacramento” bien pudiera no haber pasado de los primeros años del siglo XVII, cuando el favorito de Felipe III patrocinó la reconstrucción y la rica decoración de la iglesia dominicana, dando lugar a varias relaciones y descripciones que la parte histórica del ensayo reseña con puntualidad. Sin embargo, el soneto-epigrama “Sea que descansando la corriente” se volvió a publicar en 1670 bajo un título que enfatizaba, además de las circunstancias de la generosa donación, la materia de la que estaba hecha la custodia: “un pedazo de cristal”. El “conchetto” en el que basa el epigrama gira en torno a esta piedra preciosa, puesto que contrasta tres orígenes posibles para la formación del cristal: tres hipótesis que Quevedo pudo encontrar en los tratados de historia natural de la Antigüedad o en los compendios medievales que los transmitieron. Sin embargo, Jesús Ponce Cárdenas muestra enseguida que la fuente de Quevedo en el “plano de la *elocutio*” (195) fue un ciclo de epigramas de Claudiano dedicados a esta cuestión geológica. Más allá de una síntesis sobre la recepción del poeta latino en España y en la obra de Quevedo (189-191 y 198-201), el estudioso cita y traduce los siete epigramas latinos y los dos griegos que el poeta tardo-antiguo dedicó al prodigioso cristal en cuyo interior se vislumbran aguas líquidas (“*De crystallo cui aqua inerat*”). En este ciclo epigramático, Quevedo fue seleccionando distintos fragmentos que combinó y reelaboró en lengua vernácula. Así, el *immunis rivus* (37,1), ‘puro río’, ‘arroyo’, pasa bajo la pluma de Quevedo a formar “este puro milagro transparente” (verso 4). La huella de Claudiano se percibe también en un plano más conceptual. La descripción de las cumbres del Etna, en el *Rapto de Proserpina*, y el contraste que ofrece entre la nieve de las cimas y el fuego de la lava se vuelve a encontrar en la conjunción de oposiciones de los versos 7 y 8 del soneto, donde presenciamos la acción antitética del agua y del sol para la formación del cristal (“en incendios del sol, l’alba el rocío / cuajó a región benigna del Oriente”). También el juego sobre microcosmos y macrocosmos que concluye el poema (el microcosmos del cristal de roca, lleno de aguas movedizas, se restituye al creador del universo a través del donativo de Lerma) tuvo un precedente en el epigrama 51 (*In sphaeram Archimedis*).

El análisis fino del proceso imitativo quevediano sustenta una hipótesis interpretativa: este epigrama, cortesano y sacro a la vez, se construye como una agudeza por alusión en la que el objeto descrito, el cristal de roca, solo puede ser reconocido por el lector

al resolver los enigmas planteados respecto a su formación. El encarecimiento conceptual del último terceto lleva la interpretación a la simbología cristiana donde el cristal cumple una función similar a la sagrada forma que representa el cuerpo de *Cristo*.

3. El último ensayo de esta sección lidia con un caso de imitación múltiple en otro género de circunstancia: el genetliaco o poema de celebración a un recién nacido. La canción “Abra dorada llave / las puertas de la Edad...”, compuesta por Luis de Góngora “En el dichoso parto de la señora doña Margarita”, para el nacimiento del príncipe heredero, fue elaborada a su vez en el ambiente de la corte vallisoletana de Felipe III, en 1603<sup>8</sup>. El análisis de Ponce Cárdenas permite situar este poema, hasta la fecha poco estudiado, en la encrucijada de tres filiaciones poéticas: la práctica del genetliaco desde la antigüedad latina; el modelo horaciano de la himnodia en época de un verdadero *revival* de su poesía en la Valladolid de principios del XVII; y dos poemas de Bernardo y Torquato Tasso dedicados a la llegada del año nuevo (207-255).

El autor no solo trae una breve historia de los poemas genetliacos desde Roma a España, pasando por el Renacimiento italiano (215-221), sino que proporciona claves para su concepción teórica (en especial en las *Poetices libri septem* de Scaligero [221-223]) y, sobre todo, una amplia descripción de las pautas del género en torno a seis características o temas ineludibles del *Carmen natalicium*: 1. la presencia de las divinidades (entre las cuales destacan Lucina, invocada durante los partos, Juno, Calíope y el Genio, dios de los aniversarios); 2. los votos para la larga vida del recién nacido bajo el auspicio de las Parcas; 3. la pintura de “estampas de la infancia” del recién nacido; 4. el encomio de su *gens*, de su propia virtud y de las hazañas a las que está prometido; 5. el anuncio de la nueva era o *aurea aetas* que se abre con el nacimiento; 6. los vaticinios de una serie de númenes como la musa Calíope o el dios Febo. Para cada una de estas características se presenta una variedad casi enciclopédica de ejemplos sacados del *corpus* latino, neolatino, italiano o español. Así provistos de un amplio catálogo de lugares comunes de la poesía natalicia, podemos debidamente valorar los elementos tratados por *minutio* por Góngora y destacar la sencillez y la mesura de las plegarias de su canción.

Otro modelo convocado por Góngora es de índole política: algunos fragmentos del *Carmen saeculare* de Horacio (en especial las estrofas 5-4, 7-8 y 15). Allí encontramos una himnodia o invocación a divinidades menores cuyas alegorías se solían convocar en los fastos dados por el nacimiento de un príncipe. El tema nos lleva otra vez al contexto contemporáneo de la composición del poema, puesto que los festejos dados en honor al nacimiento del príncipe utilizaron numerosas figuras alegóricas que volvemos a encontrar en la canción de Góngora. No sin cierto humor, el poeta recrea este “pequeño teatro cortesano” (255) que debió de resonar en la memoria de sus lectores. Esta influencia horaciana no puede sorprender una vez que la medimos a luz de la “familiaridad” de Góngora con su obra latina y de la boga del sexteto lira —metro utilizado para traducir la es-

<sup>8</sup> La fecha y las circunstancias de la composición quedan puntualmente aclaradas en las 208-215, en otro modelo panorámico histórico.

trofa de este poeta— en la España de estos años. Buena prueba de ello es que otro poeta áulico (tal vez Cervantes) haya compuesto en este metro y en los mismos años otro poema —“La virtud generosa”, citado *in extenso*— ejecutado con música ante la corte de Valladolid y donde volvemos a encontrar los mismos motivos del genetliaco con dos coros.

Finalmente, el motivo de la puerta que abre la canción de Góngora nos remite a dos fuentes italianas que celebran la llegada del *Buon anno*: una, de Bernardo Tasso, para celebrar la llegada del año nuevo (“Apravi Giano con le chiavi d’oro”); otro de Torquato Tasso, donde el motivo se utiliza para celebrar el cumpleaños de la duquesa de Ferrara, Margherita Gonzaga. De nuevo, el cotejo de los textos es puesto en perspectiva para mostrar que las reminiscencias de uno en otro, una vez contextualizadas en la lírica de la época, manifiestan, más que una relación de imitación *stricto sensu*, la existencia de un patrimonio poético compartido entre Italia y España.

Aude PLAGNARD

Université Paris IV-Sorbonne

PEDRO DE VALENCIA, *Obras Completas II. Escritos bíblicos y teológicos*, coord. J.M<sup>a</sup> NIETO IBÁÑEZ, León, Universidad, 2014, 682 pp. ISBN 978-84-9773-693-0.

Hay quien pudiera pensar que las palabras iniciales de toda reseña son pura retórica y más fruto de la amistad y el cariño que del rigor y la atenta lectura. Y seguramente no se equivocaría. Vaya por delante que las que ahora siguen también lo son, pues no podría ser de otro modo: el mundo del humanismo sigue siendo reducido. Pero que nadie se lleve a engaño. También son producto de la satisfacción que da ver que la Colección “Humanistas Españoles”, fuese uno amigo o enemigo, continúa blandiendo la lanza de la interdisciplinariedad, la seriedad y el entusiasmo que hace más de veinte años instauró su fundador, don Gaspar Morocho, en pro del rigor científico. Quizá sea verdad que veinte años no son nada. Pero es que además ese regocijo resulta redoblado cuando se comprueba que en esta sazón la serie no ha virado sus ojos hacia Gaspar de Grajar, Cipriano de la Huerga o Arias Montano, a quien conocemos bien por sus obras, sino hacia el discípulo de este último humanista, Pedro de Valencia, de quien todos los biógrafos modernos han repetido que, pese a su talla intelectual, prefirió dedicar sus desvelos a cuidar los tratados de su maestro que a publicar los propios. Estoy seguro de que el avezado lector y, en general, el estudioso del humanismo español convalidará conmigo en el acierto y tino de la publicación que ahora se presenta, si no ya por el considerable número de opúsculos que se recogen en el volumen, acaso porque se publican en él algunos de los más interesantes para conocer el pensamiento del humanista zafrense, siendo como son, por si no bastase lo dicho, inéditos en su mayoría.

Jesús Nieto Ibáñez, catedrático de Filología Griega, cabeza principal del Proyecto y, por lo demás, persona sabia, no solo se ha encargado de coordinar la obra, para lo que se ha rodeado con gran acierto de filólogos clásicos, hispánicos, hebraístas, filósofos, histo-

riadores o teólogos, entre otros especialistas, sino que también se ha enfrascado en la propia edición de algunos de los opúsculos que la integran. En solitario ha emprendido el estudio del *Sermón en loor de san Lucas*, aprovechando y revisando para ello la antigua edición de Abdón Moreno, con quien estudia de consuno el opúsculo que sigue, *De la tristeza según Dios y según el mundo*. Ambos proceden del manuscrito 5585 de la Biblioteca Nacional de Madrid, autógrafo de Pedro de Valencia, de donde se han extraído otros opúsculos que componen el volumen.

El primero de ellos (57-73), como sermón que es, va unido a una serie continuada de indicios de oralidad que manifiestan cómo la plasmación efectiva de los discursos sagrados se produce en el plano de la *actio*. Es el caso de las interrogaciones retóricas, las actualizaciones del sentido bíblico, el uso de la primera persona del plural e incluso la cesión de la palabra al Bautista en el espacio del sermón para interpelar más decididamente a las conciencias, como uno de los recursos más efectivos. Con todo, no llega a la variedad de recursos que utilizó en los suyos Arias Montano, ya recogida por el propio humanista en la abundante lista de ejemplos bíblicos de su *Tractatus de figuris rethoricis*, obra que luego copiaría Pedro de Valencia. Por esto y por otras cuestiones quizá superficiales, como las interpelaciones, el uso de la segunda persona o de ciertas fórmulas de remate, no me parece, aunque solo se trate de una diferencia de matiz, que el tratado se enmarque en la línea de los sermones montanianos, sino más bien entre los de fray José de Sigüenza. No hay que olvidar que, en su proceso inquisitorial, el padre Sigüenza mostró su peculiar modo de predicar, sustancialmente alejado no solo del método montaniano, sino sobre todo de los tradicionales sermones de sus hermanos, que consideraba paganizantes y llenos de extravagancias. Según fray José, había que predicar el Evangelio desnudo, sin glosa y sin la ayuda de los santos Padres, pues eso sería nunca acabar. Y eso es lo que vemos precisamente en el sermón del humanista zafrense, donde, al margen de la sagrada Escritura, solo encontramos una cita clásica de Plutarco.

El segundo opúsculo (77-107), que trata de distinguir dos clases de tristeza, una según el mundo y otra según Dios, está trufado de citas bíblicas, que Valencia acompaña ahora de otras clásicas y patrísticas. Al igual que otros humanistas cristianos, como había pedido ya el mismo Erasmo, los epicúreos, los estoicos y otros clásicos y santos Padres salen al encuentro como armas que posee el filólogo-teólogo, subordinadas siempre al esclarecimiento de las Escrituras. Y es que, como bien advierte el editor, la obrita es en realidad un comentario a II *Corintios* 7, que a la postre se convierte en un tratado didáctico moralizante que nos insta a obrar bien, a no desear bienes ni riquezas, ni envidiar las ajenas y, en fin, a apartarnos del pecado en favor de nuestra propia felicidad.

Es también Nieto Ibáñez, junto a Abdón Moreno, quien se ha encargado de sacar a luz el tratado *De los autores de libros sagrados* (207-223) mientras que, junto a Asunción Sánchez, publica el tratado *De differentia inter verba σοφία et φρόνησις* (111-145) repartiéndose entre ambos estudio y traducción española. Si bien el primero parece, a decir verdad, material de acarreo que todo humanista tenía a mano y en el que Pedro de Valencia no se desmarca de la tradicional atribución de autores de cada libro de las Escrituras, el segundo resulta mucho más interesante, pues, sin tratarse de una obra propiamente teo-

lógica ni aun exegética, muestra en ella no solo un gran conocimiento histórico, sino también una erudición filológica que, ahora sí, se encuadra en el humanismo cristiano más puro y tradicional, como han sabido reflejar con gran acierto sus editores.

Son otras tres obras las que conforman, no obstante, lo más relevante e interesante del grueso volumen: la *Declaración a los Gálatas* (297-537), las *Advertencias a la impresión de la paráfrasis caldaica* (559-653) y el *Informe a los comentarios a Ezequiel* (149-169), hasta el punto de que, en mi opinión, justificarían por sí mismas la publicación de una obra tan costosa y fruto de tantos esfuerzos y saberes dispares. La primera de ellas, a cargo de doña Prado Ortiz, viene precedida de una amplísima y erudita introducción, y acompañada de una anotación tan profusa, en la que además se desbrozan de tal modo la historia del texto, de su estructura y contenido, así como del contexto histórico, político y exegético, que la obra no puede menos que resultar de una digestión gustosa y deseable.

La segunda, que recoge las observaciones que Pedro de Valencia y su cuñado Juan Ramírez hicieron a las objeciones que Andrés de León había puesto previamente a la versión latina de la Paráfrasis caldaica de Montano, supone seguramente uno de los episodios más llamativos de la historia de la exégesis bíblica moderna, a la altura de lo que pudo suponer la polémica gongorina en el plano de la literatura española, donde también intervino, por cierto, el humanista zafrense. No en vano, la disputa se remonta a las críticas que el clérigo zamorano había vertido sobre la preparación de la Biblia Regia, a la que tildó de ser “bandera de la Sinagoga”, y que aún seguiría coleando décadas después de su impresión, como muestran algunos manuscritos de mediados del siglo XVII, en los que diversos bibliotecarios escurialenses siguen recordando el altercado y defendiendo a Arias Montano frente a su principal detractor. El estudio de Inmaculada Delgado, aunque breve, reseña los aspectos más destacados de la obra y se encuentra al nivel de la magnífica edición que presentan Avelina Carrera y Antonio Reguera, cuyo dominio del hebreo y arameo resultan inestimables para la brillante presentación del tratado.

La tercera en discordia no podría tener mejor estudio y edición que el de doña Pilar Pena, cuyos trabajos sobre pensamiento y espiritualidad son de sobra conocidos. En ella, Pedro de Valencia muestra no solo su dominio de las Escrituras y de las lenguas bíblicas originales, sino también de la exégesis judía y cristiana, que trae a menudo para respaldar su opinión, como bien resalta la editora. Considero, no obstante, que la censura del zafrense a los escritos de los jesuitas Villalpando y Prado que se desentraña en este estudio se habría enriquecido, seguramente, si se hubiese conectado con la disputa que había tenido a los mismos protagonistas con motivo de la publicación del *Exemplar* de Montano y de su visión histórico-racionalista del templo de Salomón. Al fin y al cabo, el desencuentro en ambos casos lo producían diferentes modos de afrontar el texto bíblico, pues, en aquel, frente a la exégesis literal de base netamente judía de Arias Montano se oponía la descripción del templo de los jesuitas, basada en la imagen visionaria de Ezequiel. La distancia abismal que separaba ambos diseños generó una polémica acalorada y de sobra conocida, avivada además por el hecho de que ninguna de las construcciones había perdurado a las vicisitudes de los tiempos. La cuestión era si basarse en una visión profética de un templo que nunca fue construido o, como Montano, en fuentes que para la fecha

se consideraban de probado valor historiográfico. Claro que Arias Montano no se atuvo únicamente a la letra, como tampoco Pedro de Valencia en su censura, según anota con perspicacia Pilar Pena. De ahí que, en mi opinión, ambas controversias se enriquecieran mutuamente y no hubiese estado de más traerla a colación, así como la abundante bibliografía que la recoge.

Completan el libro una *Epístola a Paulo IV* (189-203), más unos *Poemas latinos* (541-555), traducidos en los dos casos por Raúl Manchón, una *Exposición sobre el Capítulo I del Génesis* (23-53), con el que se abre el volumen, que estudia y edita Avelina Carrera, un *Discurso sobre que no se pongan cruces en lugares inmundos* (657-663), que sirve de colofón y que corresponde a Manuel A. Soane, una *Carta en la que se comenta la sagrada Escritura* (171-185), que estudian al alimón Jesús Nieto y Raúl López, y, por último, una *Oración del Padre Nuestro* (227-293), que estudia Abdón Moreno y adaptan Raúl Manchón y Avelina Carrera. Todos son muestra, por un lado, de los intereses diversos del humanista zafrense y de sus muchos conocimientos y, por otro, del buen hacer de este equipo interdisciplinar, que ahora publica con sensatez y dominio diversos tratados que nos harán conocer mucho mejor al discípulo eterno y hasta devolverle su nombre propio. Vaya mi más sincera enhorabuena a todos los colaboradores por el cuidado y esmero que han tenido en la edición de cada obra, que, con todo merecimiento, quisiera ensalzar más si el espacio no me lo impidiera. Quizá sería adecuado, para concluir, revisar los criterios de edición de las obras castellanas en pro de la homogeneización, pues es posible que algunas de las opciones gráficas elegidas no muestren la fonética de la época, como se anuncia al inicio.

Sergio FERNÁNDEZ LÓPEZ  
Universidad de Huelva

Salvador LÓPEZ QUERO-José M<sup>a</sup> MAESTRE MAESTRE (eds.), *Studia Angelo Urbano Dicata*, Alcañiz-Madrid, Instituto de Estudios Humanísticos-Federación Andaluza de Estudios Clásicos, 458 pp. ISBN 978-84-96053-80-9 | 978-84-96053-81-6.

El volumen *Studia Angelo Urbano Dicata*, primorosamente elaborado por los editores Salvador López Quero y José María Maestre Maestre, es un precioso homenaje al catedrático de Filología Griega de la Universidad de Córdoba Ángel Custodio Urbán Fernández con motivo de su jubilación en el año 2013.

Cuando se tiene en las manos una publicación de este tipo, siempre se da por hecho que se tratará de un trabajo muy cuidado, expresión de la valía del homenajeado y del afecto que por él manifiestan los colaboradores que participan en el mismo; y, desde luego, en este caso del homenaje al profesor Urbán el lector no solo no sale defraudado en esas expectativas, sino que comprueba desde el principio del libro que quedan superadas con creces. En el caso de que quien tenga en las manos este libro no conociera a Ángel Urbán (lo cual probablemente sea difícil que ocurra, incluso fuera del ámbito académico, dada la pluralidad de saberes en los que este profesor ha trabajado, como bien

muestra el mismo homenaje), entonces le ocurrirá que queda admirado por las cualidades de docente e investigador de este catedrático de Filología Griega de la Universidad de Córdoba desde el comienzo de su camino académico en Roma. Además, se despertará en ese receptor un sincero interés por leer alguna de esas obras de Ángel Urbán que se recogen tan bien clasificadas y ordenadas en este libro, y que sorprenden por la cantidad y la variedad de temas que abarcan. Por otro lado, no sería extraño que ese supuesto lector que hasta ahora no hubiera oído hablar del homenajeado, también deseara conocerlo personalmente, dado que queda aquí retratada la figura completa del profesor Urbán, no solo como investigador y docente, sino como gran persona muy querida por todos los que han podido tratarlo, con unas cualidades humanas que han hecho de él un verdadero amigo y maestro para quienes han tenido la oportunidad de ser sus discípulos, tanto en el aula como fuera de ella.

Quienes ya conocían a Ángel Urbán encontrarán en este homenaje lo que ya esperaban, es decir, que la gran valía de este profesor se evidencia en esta publicación de edición excelente, y en el compromiso académico que esos cuarenta y un colaboradores han depositado en los treinta y nueve trabajos presentados, garantizados por el propio prestigio de sus autores y por la revisión que un comité científico ha realizado para su selección.

En efecto, son dignos de destacar en este libro tanto el cuidado en la edición como la calidad científica de los *studia* que lo componen y que, aunque están ordenados alfabéticamente por autores, se agrupan en diez materias que muestran muy bien “el cúmulo de intereses científicos del vasto *Curriculum Vitae* de nuestro homenajeado”, como anticipan en el prólogo los propios editores.

Decíamos al principio que las expectativas que cualquier lector pudiera tener sobre este tipo de publicación se cumplen sobradamente, pero aun así hay una novedad muy especial con la que el receptor de este volumen de homenaje se va a sorprender inesperadamente. Los editores, con una ocurrencia inusitada y una sabia pertinencia en sus decisiones, que ya demuestran en la coordinación e impecable preparación del libro, han incluido en el prólogo de la obra un trabajo inédito del propio homenajeado, pero que además él no sabía que estaba inédito, ya que se trata de una lección magistral espontánea y fuera del aula que el profesor Urbán ofreció a los dos editores del libro (y poco después, por solicitud de estos mismos, a un grupo de investigadores de Filología Clásica de las Universidades de Lisboa y Granada), cuando les propuso visitar la que hoy es Biblioteca Provincial de Córdoba, que ocupa una parte del antiguo Palacio Episcopal, y observar con detalle su espléndida escalera del último cuarto del siglo XVII. En ese momento, como describen los profesores López Quero y Maestre, asistieron sin haberlo buscado a una magnífica lección magistral de filología, emblemática e historia que les desveló conocimientos que ponían luz sobre lo que antes había error u oscuridad. Como en este caso la lección se impartía a alumnos que a su vez son también auténticos maestros, supieron no solo captar todo el conocimiento que allí se estaba desplegando, sino comprender que estaban asistiendo a un momento privilegiado que debía quedar para siempre recogido por escrito. De este modo, el volumen de homenaje al profesor Urbán



comienza con una lección del maestro, titulada por los discípulos “Dos lecciones de filología y emblemática: en torno a la escalera del antiguo Palacio Episcopal en la actual Biblioteca Provincial de Córdoba” (XVI-XXXVIII), a la que le siguen las demás contribuciones; un verdadero ejemplo, pues, de lo que supone la “Academia” en el sentido más platónico y aristotélico de la palabra.

Hay que decir que, tomado en su conjunto, el prólogo de este homenaje es por sí mismo un auténtico modelo de *laudatio* por la maestría que demuestran los editores en su redacción y por la inspiración (que, por supuesto, se asienta en su sólida formación clásica) que les permite relacionar y valorar el mundo científico de base filológica del profesor Urbán y sus cualidades humanas (“profetizadas” en su nombre, visto a la luz del latín como *Angelus Urbanus*). De este modo, desde el comienzo del prólogo los editores van poniendo de relieve de una manera amablemente irónica, pero vehemente, la necesidad imprescindible del conocimiento de nuestras raíces culturales grecorromanas, en una sociedad que tiende a olvidarlas y por ello a descuidarlas en la formación de las diferentes generaciones.

Como contrapeso a esta tendencia en la actualidad de nuestra cultura, este homenaje muestra una figura, sólida en su formación filológica, que justamente por ello ha podido dejar abundantes frutos de toda una vida dedicada a la docencia y la investigación en obras escritas que abarcan un vasto campo de temas ante cuya enumeración el lector no puede menos que sentirse apabullado: “estudios exegético-filológicos sobre textos bíblicos, especialmente del Nuevo Testamento, paleografía griega para el estudio de los manuscritos con que trabaja, crítica textual, papirología, historia de la traducción bíblica, patristica, epigrafía, lexicología, emblemática, mitología, tradición clásica, humanismo, crítica literaria, etc., predominando siempre la perspectiva filológica” (XVI).

Toda esta ingente obra queda clasificada en la sección siguiente, en la que a lo largo de casi veinte páginas (XLV-LXIV) se enumeran todas las publicaciones del profesor Urbán, y en la que los editores incluyen además a pie de página las reseñas de que ha sido objeto cada obra, así como el primer homenaje que ya recibió en el año 2013, el mismo de su jubilación.

En cuanto a las colaboraciones que constituyen el homenaje, sus autores proceden, según el balance de los propios editores, de dieciocho universidades, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, de Institutos de Enseñanza Secundaria y de otras instituciones. Están escritos en su gran mayoría en español, aunque hay estudios en portugués, italiano e inglés. Todos ellos representan los campos que reflejan los intereses académicos y científicos de la trayectoria del profesor Ángel Urbán y, como los propios editores han clasificado los trabajos en diez campos (XXXIX-XLI), será sin duda útil presentarlos aquí de este modo, ya que en el volumen las contribuciones, como se ha dicho al principio, aparecen ordenadas alfabéticamente por autores.

1. Filología Griega: José Luis Calvo Martínez, “El nombre de Orfeo” (101-112); Pedro Pablo Fuentes González, “La reacuñación cínica de la familia en Crates de Tebas” (201-217); Rafael J. Gallé Cejudo, “Partenio de Nicea, el motivo de ‘Tarpeya’ y la Fundación de

Lesbos atribuida a Apolonio de Rodas” (219-231); Emilia Reyes Ruiz Yamuza, “Los editores de Sófocles y el adverbio *vöv*” (597-611).

2. Filología Latina: María Cristina Pimentel, “Marcial: métrica, encómio e propaganda” (553-569), y los trabajos de Juan Gil y José María Maestre, que aparecen en el apartado de Humanismo, pues en ellos se editan importantes textos latinos.

3. Arqueología Clásica y Epigrafía: José d’Encarnaçao, “Ecos sugestivos de fórmulas epigráficas romanas” (127-139); Raúl González Salinero, “El grafito de Alexámeno: recuperando el debate sobre la caricatura anticristiana del Palatino (inv. 381403)” (323-340); Carlos Márquez, “Talleres atenienses en la Villa Adriana de Tívoli” (493-502).

4. Biblia, Patrística y Tradición Rabínica: José Manuel Cañas Reíllo, “La traducción de la *Septuaginta* al español: problemas y soluciones” (113-125); Carlos Del Valle Rodríguez, “Tratado de la división de la Biblia, de Saadia Ibn Danán” (141-164); Arnaldo do Espírito Santo, “*Sententiae Patrum Aegyptiorum*: Implicações do estudo filológico da tradução de Martinho Dumense” (165-181); Santiago Fernández-Ardanaz, “L’antropologia dei trattati ‘De anima’ nel mondo latino dei secoli III-IV d.C.” (183-200); Carmelo Granao Bellido, “Teología Trinitaria de Basilio Magno” (341-372); Enrique Nieves Sanz, “Citas de los cuatro grandes Padres Orientales de la Iglesia en la obra de D. Martín Pérez de Ayala (1504-66), *De divinis, apostolicis atque ecclesiasticis traditionibus*” (503-536); Miguel Rodríguez-Pantoja Márquez, “Traducir los Evangelios” (581-596); Eustaquio Sánchez Sallor, “La exégesis bíblica como instrumento didáctico-moralizante en los siglos XIII-XIV. El caso del libro de Kalila y Dimna” (613-644); Sabino Perea Yébenes, “Los ‘dátiles de Nicolás’ (de Damasco) y la tinta mágica en los PGM y la literatura rabínica” (537-552).

5. Lexicología Clásica y Medieval: Pedro Herrera Roldán, “Sobre helenismos en textos literarios mozárabes” (373-386); Gregorio Hinojo Andrés, “*Logos ‘Verbum’*: ¿Traducción correcta?” (387-398); Salvador López Quero, “El léxico de la teoría humoral en los poetas del Cancionero de Baena” (421-438).

6. Humanismo: Juan Gil, “Un poema latino del Conde de Villamediana” (283-296); Luis Gil Fernández, “Nueva luz sobre la expedición al Egeo de Antonio Sherley” (297-322); José María Maestre Maestre, “Rodrigo Fernández de Santaella *apostolicus et regius commissarius* durante la expulsión de los judíos del Reino de Sicilia (1492-1493)” (451-492); María Dolores Rincón González, “Un círculo de ingeniosos escritores en Baeza (XVI-XVII)” (571-580); Julián Solana Pujalte, “Bibliotecas privadas de los siglos XVI y XVII en la biblioteca del antiguo Colegio de la Asunción de Córdoba” (645-667); Alfonso Zamorano Aguilar, “Los humanistas decimonónicos Luis de Mata y Ángel María Terradillos: ¿dos modelos teóricos opuestos en la enseñanza del español?” (699-731).

7. Emblemática renacentista y barroca, Iconología y Simbología: Beatriz Antón-Rosa María Espinosa, “*Vulnere vulnera sano* o el bálsamo de la mutua benevolencia” (17-35); Emilio Asencio González, “Iconografía de la Lujuria en la Alegoría de Bronzino: claves interpretativas y temas conexos en el abrazo entre Venus y Cupido” (37-64); Enrique Benítez Rodríguez, “La fenología y el simbolismo de las flores en los refranes del calendario” (81-99); Francisco José Talavera-Beatriz Antón, “El simbolismo de la amistad en los *Hieroglyphica* de Pierio Valeriano” (669-680).

8. Tradición Clásica: José Javier Iso Echegoyen, “Baltasar Gracián y Anthologia Latina 709” (399-403); el de Manuela Álvarez Jurado, “Reescribiendo el mito de Prosérpina. Entre traducciones y adaptaciones” (3-15); María Carmen Balbuena Torezano, “Schöne Welt, wo bist du? Mitología en el ‘Sturm und Drang’ y el periodo clásico alemán” (65-79); César García Álvarez, “Sobre la presencia de un Eros en la catedral de León y el sentido de la hermenéutica” (233-243); Manuel García Teijeiro, “La tradición clásica en Gonzalo de Berceo” (269-281).

9. Crítica Literaria: Literatura Moderna y Contemporánea: Miguel Ángel García Peinado-Ángeles García Calderón, “*Les conversations d’Émilie* (1774) de Mme. d’Épinay, uno de los primeros tratados sobre pedagogía infantil” (245-267); Vicente López Folgado, “El medievalismo victoriano: William Morris como traductor” (405-420); Juan de Dios Torralbo Caballero, “Introducción a la narrativa de Aphra Behn: dos obras innovadoras en el camino hacia la novela” (681-697).

10. Diplomática: Javier Lozano Sebastián, “Vatican Diplomacy” (439-450), sobre el ejercicio de la actividad diplomática del Vaticano a través de sus funciones en la Nunciatura Apostólica, cuyo prestigio y tradición lo acercan al campo del Humanismo.

Como hoy día es habitual, a cada estudio le precede un resumen en español y en inglés con las correspondientes palabras clave también en ambos idiomas.

Quede, pues, con esta presentación del homenaje al catedrático de Filología Griega (ahora Emérito) Ángel Urbán, realizado con tanto acierto por Salvador López Quero y José María Maestre Maestre, una prueba tanto de la magnífica obra que estos profesores, compañeros y amigos del homenajeado, han conseguido llevar a cabo, como del gran testimonio y contribución que supone publicar un libro de este tipo, en el que se muestra la huella que siempre dejan los grandes maestros en amigos y discípulos. Esta tarea es fundamental no solo para la Academia, sino para la sociedad, sobre todo hoy día, tan carente de verdaderos maestros que enseñen a los discípulos a serlo y a continuar con un relevo que no debería terminarse nunca para contrarrestar la decadencia cultural. Sin duda, el profesor Urbán y todos los que han contribuido a sacar adelante este homenaje son pilares fundamentales para evitar esto.

Henar ZAMORA SALAMANCA  
Universidad de Valladolid